

DERECHO EN LA PREHISTORIA (1)

JORGE ENRIQUE GUIER
Titular de Historia del Derecho
Facultad de Derecho.

"Nada posee una forma definida, invariable, estática; mediante una metamorfosis súbita, cualquier cosa se puede convertir en cualquier cosa".

Cassirer

"Es un punto de vista absoluto, que debe ser el punto de vista de todos sin ser el punto de vista de nadie en particular... están contenidos en lo absoluto sociomórfico, en cuyo seno encuentran cada uno su verdad y el sentido de su vida".

Gusdorf

Visión global de la Prehistoria

El momento preciso de iniciarse la cultura y las primeras manifestaciones del espíritu que luego han causado todos los movimientos históricos posteriores, no pueden ser aprehendidos por la ciencia ni lo podrán ser nunca, pues el caos original de la naturaleza humana que también oscurece el conocimiento de los cambios corporales, distorsiona los estudios de los primigenios movimientos culturales. Ese paso del hombre casi convertido en un animal sin cultura al hombre propiamente cultural, ha tenido lugar despaçosamente en grandes lapsos, durante los cuales se han ido creando paulatinamente las bases sólidas, espirituales como materiales, en que se asientan todas las convulsiones posteriores.

Estas bases pueden demostrarse, pero se ignora cómo nacieron. Ciertas formas y objetos que se han hallado, por mucho tiempo se han tenido como auténticas representaciones de original trabajo humano, pero han sobrado investigadores que los asimilan a engañosas formas naturales que preterden ser pasadas por obras del hombre. Sólo para los períodos subsiguientes de la cultura se tienen

(1) Primer capítulo de un libro próximo a publicarse sobre historia del derecho. La forma general en la concepción de este capítulo, que hoy se publica como ensayo independiente, se explica al relacionarlo con los que siguen en el mencionado libro, que ahondan en los problemas apenas esbozados aquí.

representaciones seguras del trabajo humano; pero estos ejemplos son en todo caso residuos naturales que iluminan las maneras más primitivas, más oscuras de los primeros intentos de convertir algo natural en otra cosa hecha por el hombre, pero, de otras actividades culturales no se posee ningún testimonio. Sólo los descubrimientos en las épocas más avanzadas del paleolítico, dejan entrever algo muy simple de la vida espiritual o cultural de estos seres humanos, que ocuparon época prehistórica tan lejana. Pero, si se estudian los pueblos primitivos actuales de orden inferior, ya se encuentran en ellos desarrollados ciertos elementos espirituales y materiales de cuyo nacimiento la antigüedad no da ninguna pauta a seguir. Estos pueblos primitivos ya conocen perfectamente una serie de instituciones e invenciones, cuyo nacimiento tiene indudablemente que provenir de aquel lejano, tenebroso y desconocido tiempo originario: el lenguaje y la familia; ciertas ideas morales, jurídicas y religiosas; el uso ya dominado del fuego y los inicios en la técnica de fabricar ciertos instrumentos y armas, primordialmente vasijas y cacharros, y los orígenes de las diversas artes, sobre todo las plásticas.

Las dos divisiones clásicas del paleolítico, en inferior y superior, basadas sobre todo en la apreciación de elementos externos y materiales, aparecen en una amplia visión de conjunto, como una compleja cultura total; constituyen dos inmensas formaciones culturales que no guardan, en realidad, muchos contactos en sus aparentes divisiones. El paleolítico inferior es desmesurado en su pobreza; un poco más ricas son las formaciones culturales del periodo superior, que se inició alrededor del año 200.000 a. C.

Ya concretamente en cuanto a ese gran último período, se puede inferir, pese a las inmensas lagunas en la tradición y en las pruebas arqueológicas, un movimiento histórico más seguro, con comienzos e influencias, auge y expansión, seguido de épocas de sobremadurez y decadencia, hasta la completa extinción de todas las huellas seguras de una posible propagación posterior; es decir, esbozados en estas épocas primitivas, los movimientos de flujo y reflujo históricos, característicos de épocas posteriores. Sin embargo, en esta encrucijada tan antigua de la naturaleza humana, en la época paleolítica (aparte del desconocimiento de los metales), algo hay de común en las dos secciones: el modo de vivir circunscrito únicamente a la pura caza. A partir de este sistema de vida

es que se van deduciendo todas las posteriores manifestaciones de la cultura, tanto en lo material como en el fuero del espíritu. En lo que se ha llamado la etapa de "la recolección de alimentos", este estadio inferior de la pura caza es el momento primitivo, pues es el comienzo de apropiación simple que aparece al inicio de cualquier desarrollo, ya que estas culturas diluviales no han dado todavía el paso hacia la etapa siguiente de la "producción agrícola", que aparecería en una etapa muy posterior. La situación de la mujer en esta época, de tal manera, está determinada por la caza que ejerce el hombre, ya que en esa vida de vagabundear y sin destino fijo que domina al cazador, no hay lugar para que la mujer, en un pie de igualdad, compita con el hombre, y entonces se ve relegada indefectiblemente al hogar, y se consume en una misión que tiene por único objeto el cumplimiento estricto de sencillos deberes corporales dedicados a la cueva donde habitan. Pero el hombre tampoco es libre, sus movimientos se hallan determinados por sus relaciones con el animal, considerado éste como un objeto únicamente dedicado a ser cazado, porque en una "cultura cazadora", la dominación que ejerce el animal sobre los humanos es radicalmente distinta a la que ejercerá luego en la "cultura agrícola", y juega un papel completamente distinto al que le corresponderá como ganado criado en la agricultura. El cazador, cuya vida total depende de que encuentre o no animales para cazar, no tiene un lugar fijo y estable de residencia, sino que ese lugar donde vivir se lo impone el animal con sus vaivenes. Pero el hombre de la época glaciár, tomémoslo como ejemplo, no vive exclusivamente a la intemperie. En realidad, han llegado hasta nuestra época huellas de sus originales refugios, aunque muy escasas, como son los pisos aplanados en hondonadas para cubrirse del viento, en las llamadas "estaciones al aire libre". También las inmensas rocas salientes en forma de techo (loess: abrigo), brindaban buena protección; en el fondo se han encontrado huellas de ocupación por los errabundos cazadores de la edad del hielo. Donde se encontraban cuevas o cavernas pronto las convirtieron en refugios, y en muchas de ellas se notan tantas capas superpuestas de diferentes residuos culturales, que hace suponer contra toda duda, que una misma caverna fue habitada por mucha gente diversa en muchas ocasiones distintas. En algunas de ellas se percibe que se hicieron artificialmente habitables por el recorte de las aristas salientes de las bocas, y en otras, de épocas más avanzadas, ya tienen en los

techos ligeras incisiones geométricas y hasta incipientes dibujos de animales. En pocas de ellas ya hay vasijas planas untadas de grasas animales quemadas, de lo cual se infiere que sirvieron de lámparas, pero, generalmente, la fuente de luz y calor principal en la caverna estuvo constituida por el hogar. El hecho, sin embargo, del uso de teas y antorchas por los hombres que habitaban la época glaciaria, debe ser tenido como un dato cierto y verídico. En estas cavernas se descubren también ciertas representaciones pictóricas rupestres que muchos han querido ver como la copia de tiendas de pieles sostenidas en palos, ya que ambos elementos no faltaban en esta época, pero otros investigadores se inclinan por la idea de que semejantes pinturas lo que contienen son más bien rudimentarias trampas para cazar animales.

La única regla fija para esta época en cuanto a la cacería debe haber sido la destrucción del animal salvaje, ya que para este cometido todos los medios eran válidos, sobre todo si se empleaban contra los grandes animales, pues las armas que poseían eran sin duda bastante insuficientes, y no se emplearían contra animales debilitados por la edad o moribundos, sino llenos de vigor y fuerza. De todos modos, el uso de esas armas primitivas, como piedras y dardos de madera, en la época glaciaria, dirigidas contra los grandes animales salvajes en la caza mayor, exigirían una gran pericia en todas las circunstancias. Del ingenio humano de esta época aplicado a la caza del animal grande, quedan huellas de trampas colocadas en los lugares de abrevadero. Las inmensas cantidades de huesos de caballos acumulados al pie de los acantilados de SOLUTRE, indican otra especie de caza inventada por el hombre: probablemente reunidos en grandes hordas empujaban a los animales al desfiladero y los despeñaban. Hay grandes cantidades de puntas de hueso y arpones que indudablemente servían de mucho en la caza del animal pequeño. Hay ya representaciones en las cuevas rupestres del oriente y del norte de España de animales atravesados por puntas de flecha, viéndose cazadores armados de arcos. Un curioso grabado en hueso nos muestra a un hombre agazapado, que se arrastra sobre el estómago, para acercarse, dardo en mano o con un lazo, a un bisonte que tranquilamente pacé en la pradera. Unica, sin embargo, es la representación de un cazador, que cubierto con la piel de un animal, se acerca a la bestia para así sorprenderla y cazarla.

Esta situación aparente del hombre cazador que vivía en el paleolítico no da una pauta suficiente como para inferir o deducir la constitución de un orden social o político desarrollado. Pero ya ciertas formas estables y fijas aparecen en el orden familiar y social, al contemplar el cuidadoso enterramiento de los muertos, como por ejemplo en la tumba de MENTON, que aparecen cuidadosamente sepultados una mujer y un niño (¿madre e hijo?). La comunidad en los escasos ideales, cuales serían los de la caza mayor de los animales difíciles o más fieros, y la habitación en conjunto en grandes cavernas, preforma ya la idea incipiente de lo que mucho después será la horda y la tribu. Estas dos ideas desarrollaron en el hombre el sentimiento de conjunto social y de asociación, que aparecerán ya más altamente dibujadas en la constitución del clan.

Sólo de Francia ya se conocen mucho más de cien cavernas y refugios rocosos que albergan incisiones y pinturas rupestres. Las últimas más primitivas comienzan siendo nada más que un grupo simple de incisiones sobre la piedra, simples esbozos, y la minoría de las veces resaltados con un poco de color. Como segundo paso en el avance de la técnica aparecen ya las incisiones formando una silueta, que se expande por toda la superficie, primero monocroma, luego policroma. En la última etapa del avance técnico ya adquiere todas las características de un magnífico fresco (AL-TAMIRA). Estos dibujos o pinturas no se encuentran en lugares accesibles de las cuevas, por ejemplo a las entradas de las mismas, sino que aparecen en los nichos y túneles más difíciles de visitar, a veces en chimeneas casi verticales al piso, y sólo es posible verlas con iluminación artificial (por ejemplo, en la cueva de COMBARRELLES se encuentran a 120 metros de la entrada y en NIAUX a 800). En ninguna forma es casual que los primitivos habitantes de esas cavernas pintaran a los animales que únicamente les servían de alimento o sus pieles de abrigo, y no tuvieran ningún reparo en colocarlos con profusión en cuanto lugar había para ello, y que sean muy raras las representaciones de los grandes animales salvajes inútiles para el hombre. Una de las figuraciones simbólicas más antiguas, y de la cual se puede inferir la prohibición islámica de la representación pictórica de una persona, es la que poseyendo o atacando una imagen se puede ejercer cierto influjo secreto y mágico sobre el objeto representado, e irradiar

influjos benéficos o maléficos sobre él mismo. De igual manera, se creía que fijando esas imágenes en las paredes, se podían adquirir tales poderes mágicos sobre esos objetos que influirían sobre él mismo, y si fuera un animal no sólo asegurar, sino aumentar su multiplicación y en muchos casos, una apropiación más fácil, ya que se le podría atraer hacia lugares propicios para la caza. Este mundo de animales pintados aparece en relación inversa a su abundancia en la naturaleza; tantos más animales de una especie se pintan, tantos menos huesos o restos de ellos se encuentran en la caverna, lo que nos hace suponer que las prácticas mágicas sobre ellos se iniciaban justamente cuando comenzaban a emigrar, o lo más grave, cuando la especie empezaba a extinguirse. De aquí inferimos que las tales pinturas rupestres no son entonces crónicas de hechos realmente sucedidos ni satisfacción pura de sentimientos artísticos, sino medios creídos eficaces para la consecución de fines materiales tan importantes como el alimento y el abrigo. Si desarrollamos este pensamiento desembocamos en la idea general de la magia subsumida en la pintura rupestre: la idea de apropiación. Muchas veces, ya en pinturas de épocas más adelantadas, se esbozó una mano cargada de dardos y la silueta del animal herido o muerto por esos dardos arrojados en rápida sucesión, como idea que indica que el animal fue simbólicamente muerto, herido o capturado, lo que implica un avance extraordinario en la magia figurativa y simbólica. En este aspecto la magia debe ser considerada como un extraordinario avance en el desenvolvimiento de la conciencia humana, pues señala ya sin duda una de las más claras expresiones del despertar en el hombre la confianza en sí mismo: no se siente ya a merced de las fuerzas naturales, sino que comienza a desempeñar su papel, convencido de que las fuerzas naturales o sobrenaturales dependen en mucho de sus propios hechos.

La cueva de CRO-MAGNON es el mejor museo de la prehistoria. Si comenzamos a explorarla desde los más pequeños utensilios que contenía, pasando por cerámicas y adornos, llegando hasta sus mismos ocupantes, tendremos una vista clara del modo de vida del hombre en el cuaternario superior. Cerca del esqueleto del fuerte viejo Cro-Magnon aparecen tres esqueletos de hombres jóvenes y el de una mujer, bastante curioso. La suerte de aquélla había sido trágica, porque su cráneo aparece hundido por una fuerte herida producida con un instrumento cortante. A su lado aparecen los

huesos de un niño que no había llegado a nacer. ¿Qué les podía haber sucedido hace treinta mil años? ¿La habría atacado un enemigo, acaso caníbal, e intentado matarla estando embarazada? ¿La habrían cuidado en la cueva el viejo caudillo y sus probables hijos? La herida del cráneo estaba en vías de curación, según se puede notar, pero antes de que hubiese llegado a nacer el hijo, habían sucumbido todos. ¿Algún ataque del enemigo o de las fieras, algún hundimiento de tierras?

Las cuevas adornadas con pinturas se convirtieron pronto en lugares de reunión, probablemente templos, en los cuales se agrupaban hombres jóvenes, cazadores o padres de familia, que esperaban la bendición o aprobación de sus actos por parte del mago, y bajo su guía, realizaban bailes sagrados de apropiación y ritos de iniciación frente a las pinturas de las paredes. A cuatro metros del suelo, en la cueva de TROIS-FRERES, en una chimenea, aparece el retrato del mago. El mago retratado, mitad grabado, mitad pintura, es el más satánico, cruel e imponente de todos los cuadros del pleistoceno: un hombre barbudo bailando una danza ritual. Todo su cuerpo cubierto de pinturas, lleva una máscara de inmensa cornamenta abultada, patas de oso y cola de caballo. Con sus ojos redondos fijos en los del espectador, como una lechuza, los mira atenta y ansiosamente: los hipnotiza con la fijeza de la mirada. Prueba de la danza en las cavernas la tomamos, para citar únicamente un caso, en la cueva de TUC D'AUDOUBERT. Un pasadizo une la cámara exterior a una mucho más lejana, que tiene modelos de arcilla de bisontes machos y hembras, alrededor se ven innumerables huellas de pies humanos en la arcilla, como si mucha gente hubiera estado bailando frente a los modelos. En otra cueva frente a las pinturas mágicas se deduce que los espectadores se sentaban frente a ellas en larga contemplación, porque las huellas de sus nalgas quedaron perfectamente estampadas en la suave arcilla de la caverna.

El neolítico tal vez no sea el más representativo de las épocas culturales de la prehistoria, pero sí podemos estar seguros de que es el más rico en su contenido. Al inicio de estas épocas el hombre no conocía los metales, y era natural que para poder mantenerse vivo en su precaria existencia, echara mano a la piedra y a otras fuentes asequibles; pero sorprende el alto grado de cultura a que llegó, careciendo del conocimiento tan útil de los metales. Aquí,

En esta época fue cuando se crearon las bases primeras y sólidas de toda la civilización siguiente. En este período aparecen los fundamentos de la "colonización agrícola" de Europa. A la vida primitiva y errabunda de las tribus paleolíticas cazadoras, que permanecen en los estadios ínfimos de la economía y la organización social, se opone con tenacidad la vida del campesino neolítico, donde se encuentra en su más alto grado de desarrollo. La cacería sólo exige formas simples de asociación voluntaria para llevar a cabo un simple hecho, el de la caza, mientras que las conglomeraciones humanas más estables y agrícolas del neolítico, exigen ya ciertos elementos de organización social, indispensables para poder subsistir pacíficamente en un grupo.

En el neolítico superior no existe solamente la forma primigenia de la economía de apropiación, sino que ya aparece la forma secundaria, y más elevada conceptualmente, de la economía de reproducción, sobre las cuales todavía descansa, en gran parte, nuestra vida material. A la par de la caza, la pesca y la recolección de los frutos silvestres, van apareciendo la cría de los animales y el cultivo de las plantas, primero en escasa medida, pero luego opacando a la caza, la pesca y la recolección, que subsistieron siempre conjuntamente, pero las primeras ya con un carácter de fuentes subsidiarias de alimentos. De este modo, comenzó a establecerse el abismo entre el mundo meramente humano y el mundo típicamente animal. Como consecuencia también de la estabilización en grupos, aparecen las primeras cabañas que se reúnen en sitios especiales bien defendidos para formar aldeas. Ya comienzan a verse las formas ceremoniales complicadas de enterramientos rituales, y en las tumbas, algunas imponentes, hay ya vestigios de decoraciones determinadas por ritos especiales, que varían ya según las regiones. Tales son las características de una nueva época y de una nueva generación.

Una de las principales diferencias entre las culturas del paleolítico y las del neolítico, es el papel que tienen las mujeres, pues ya en esta era participan de lleno en la vida del grupo, participación que les fue negada por los cazadores del paleolítico. La agricultura es una función femenina, que dominan las mujeres, lo que las hace ingresar en la vida económica, con un valor igual al del hombre: son las compañeras que ayudan en la subsistencia. También la cerámica es una tarea femenina. Esta última, por razón

de la materia que la componía, ofrece la mayor cantidad de objetos de las culturas prehistóricas, y es a través de esas vasijas que se pueden inferir técnicas en cuanto a otras producciones del hombre o la mujer prehistóricos. La cerámica es, de manera general, el sustituto e imitación de las vasijas que anteriormente se fabricaban de cuero, de madera o paja, y que acabaron luego construyendo de metal en época posterior.

En el neolítico los objetos disponibles para el conocimiento de las habitaciones y los poblados son muy numerosos; aunque como siempre en la prehistoria, las tumbas son mucho más comunes que las casas, lo que indica la continuidad de la población. La manera en que se construían las tumbas arroja mucha luz sobre la forma de las viviendas, pues siempre aquéllas se consideraban como las moradas de los muertos, por lo que necesariamente tenían que guardar cierta analogía con las de los vivos. Por mucho tiempo se creyó que las viviendas llamadas HIPOGEAS, fosas o chimeneas de forma oval, circular o muy irregular, que aparecían reunidas en grupos eran habitaciones, pero hoy se sigue la teoría, al considerar que el hombre prehistórico era esencialmente práctico, y de que no dejaría tan desigual y escabroso el piso de esas viviendas tan mal iluminadas, que esas fosas eran el resultado de la extracción de arcilla para la construcción de viviendas que se alzarían sobre el suelo. Con frecuencia en el neolítico varias casas se reunían para formar aldeas o granjas colectivas; los materiales que se encuentran dentro de esas construcciones indican claramente si eran lugares destinados a cocinas, habitaciones para dormir o recogerse, o simples talleres.

Cuando al irse acabando la edad de la piedra se fueron abandonando las cuevas pintadas con dramáticas escenas y animales ya casi fantásticos, y los hombres emprendieron grandes travesías y siguieron el impulso de irse convirtiendo en pequeñas comunidades, aldeas, tribus, clanes y estados, se olvidaron los lazos que los unían al mundo lóbrego y subterráneo de las cavernas; ya sólo muy profundamente en la conciencia quedaba un recuerdo leve y temeroso de esos antiguos santuarios, como una admonición y un temor al demonio y a la muerte, a la no perpetuación y una fe incipiente en el culto de los espíritus.

adventicia

El tipo neandertaloide —tomándolo en sus características generales—, es más fuerte y rudo físicamente que cualquier hombre contemporáneo: aunque no es del todo improbable que en su apariencia exterior tenga muchas semejanzas con tipos de hombres contemporáneos. Los NEANDERTALOIDES y los HOMO SAPIENS coexistieron en el tiempo, lo que nos hace suponer que hubo un intenso mestizaje entre ellos. No es difícil entonces imaginar que el tipo europeo actual provenga de estas relaciones de hibridación. Los neandertaloides a veces fueron enterrados en cuevas con ceremonias y rituales propios del *homo sapiens*, lo que nos confirma el intercambio de ritos, costumbres y ceremonias entre las dos especies de hombre. Pero, por otra parte, se advierten muchos menos cambios en las formas de vida de estos hombres primitivos y en los de los salvajes actuales. Estos, como aquéllos, odiaban el cambio, se aborrecía tanto a los innovadores como a las innovaciones. En un tipo de esta cultura, no había lugar para un gran hombre o un gran innovador, como no se encuentran en los grupos de animales grandes revolucionarios. Estos primigenios grupos humanos, aunque individualmente son seres racionales, eran educados por sus mayores y por el medio, de acuerdo a un modo de vida que sólo cambiaría si cambiaba lo circunvalante. Su vida parece, entonces, cambiar como cambia la vida en los animales, respondiendo al reto del exterior, y sobre todo, a la cambiante fase de la obtención del alimento.

Bajo todos estos fenómenos está “la gran tierra firme de la costumbre”, que es la base sólida de todos los modos de pensamiento y acción, que han sido cristalizados y depurados a través del tiempo, y que proporciona orden y permanencia, aunque se modifique y se interrumpiera la ley. “La costumbre da al grupo la misma estabilidad que la herencia y el instinto dan a la especie, y el hábito al individuo”.

Hay que tener entonces como idea constante, que si la historia es en parte el relato de todas las aventuras, fracasos y logros del hombre, sería apenas comprensible, si nos abstuviéramos de entender que es parte integral suya también la prehistoria y aún la historia simplemente natural del hombre.

Lo que bien podríamos llamar las primeras producciones humanas son los eolitos terciarios que se encuentran en Bélgica y Francia. "Los hallazgos más remotos de tales eolitos proceden, según MORTIZ HEERNES y BEHN, de un terciario relativamente antiguo, el oligoceno medio; otros, de un período terciario centenares de miles de años más reciente, cual es el mioceno superior (centro de Francia)". No se ha podido fijar con claridad todavía si esos eolitos son de indudable producción humana, hechos por el hombre, o meras producciones de la naturaleza, como las piedras pulimentadas que se encuentran en los ríos; se puede sostener, eso sí, que son apariencias falsas de instrumentos, porque como bien dicen los autores citados, "del hecho de que una piedra que la naturaleza ha formado pueda ser utilizada para algún fin útil, no puede deducirse, en modo alguno, que la piedra haya sido empleada para este fin". Sin embargo, el paleolítico inferior da idea de una industria eolítica, que en su prueba permanece incierta.

Ya en los períodos chelense y prechelense la industria humana sí es indudable. Se caracteriza esta industria por el artículo que GABRIEL DE MORTILLET denominó coup-de-poing y que los alemanes conocen como faustkeil. Además, y relacionados por el paleolítico en toda su amplitud de sub-períodos, nos quedan ya utensilios fabricados por el hombre con toda exactitud, como puntas de lanza y de flechas, cuchillos, sierras, martillos, hachas, masas, mangos y asideros de hueso, dientes y cuernos de animales bellamente labrados, algunos con verdadero sentido artístico.

Como hemos expuesto atrás, los hombres del período paleolítico poseyeron viviendas que entonces les permitieron no vivir ya en cuevas o antros, diferenciándose por eso más de los animales; este hecho dio entonces como resultado que se comenzaran a elaborar anzuelos y redes para la caza, se inventó la domesticación de ciertos animales, como el perro, la cabra y la oveja, y con el descubrimiento del telar, se hiló la lana y se aprendió a teñirla de brillantes colores.

Cuando como resultado del avance constante de la cultura humana se llegó a la edad de la piedra pulimentada, se hacen ya adornos para las mujeres de huesos, dientes, piedras bellas y ámbar;

se establece el comercio siguiendo la cuenca de los ríos, el hombre cambia su nomadismo por el sedentarismo, y aparece la cerámica. Estos hombres del paleolítico, entonces, y resumiendo todo lo indicado anteriormente, primero fueron cazadores y pescadores, luego pastores y por fin agricultores. Cuando se localizó en determinado punto, entonces la alfarería se compuso de piezas más complicadas y bellas, incluyendo vasos, tazas, escudillas y cántaros de formas variadísimas. Cuando se anuncian las edades del bronce y del hierro, viene la sustitución de los tiempos prehistóricos por los históricos, salvo, quizá, en América, pues las culturas peruana, azteca y chibcha, fueron completamente neolíticas. En la América el hierro se desconocía hasta la llegada del español; pero se conocían los metales, como el oro, la plata, el cobre, el plomo y el estaño, pero se ignoraba la aleación del bronce; en realidad la metalurgia americana se basaba únicamente en los artículos suntuarios y ceremoniales confeccionados en su mayor parte de oro.

La mentalidad primitiva

Fundándonos en LEVY-BRUHL, podemos decir que las sociedades de un tipo inferior tienen procesos mentales extraños y completamente diferentes a los nuestros. El principio básico de la escuela antropológica inglesa —la identidad del espíritu humano—, le parece al pensador francés un inmenso absurdo, un increíble prejuicio. Los componentes de culturas o sociedades diferentes necesariamente deben poseer un tipo de mentalidad distinta. Todo demuestra, en suma, que la mentalidad primitiva es radicalmente distinta a la mentalidad civilizada, que aquélla no se puede reducir a un común denominador con ésta. Los primitivos perciben los objetos y todas las cosas, en otra forma a como los percibimos nosotros. Las percepciones de los objetos son indiferenciadas, es decir, no se puede establecer una línea divisoria entre el objeto percibido en sí mismo y las emociones que provoca esa percepción. Esas imágenes percibidas se adquieren bajo circunstancias ambientales especiales, que hacen que el objeto tenga una especial validez según el medio que lo rodea, e implican esas imágenes percibidas, que el sujeto desprende algo que le perturba del objeto que ve; dicho objeto, en suma, tiene subsumido en sí influencias maléficas o virtudes de ocultos poderes. Se trata, en dos palabras, de representaciones místicas o simbólicas.

x se meigo o deber

“Además, las relaciones que unen entre sí a las representaciones, también resultan incomprensibles. Los propios objetos pueden ser, a la vez, ellos mismos y algo diferente de ellos mismos. Emiten y reciben fuerzas, virtudes, cualidades, acciones místicas que se dejan sentir fuera de los objetos, sin dejar de estar en donde ellas son. En una palabra, la mentalidad primitiva es impermeable a la experiencia y refractaria al principio de contradicción. Todo ello constituye la singularidad de la concepción de los sueños, los presagios, la adivinación, el parentesco, los grupos, el matrimonio, la venganza, el espíritu, la vida, la muerte, la supervivencia y la reencarnación”.

Existe, pues, una ley que gobierna la base común de estas relaciones místicas, que el hombre primitivo con su mente recoge con frecuencia entre seres y objetos, es la Ley de participación. De acuerdo con esta ley, en las representaciones colectivas de la mente primitiva “los objetos y los fenómenos pueden ser lo que son y algo diverso de lo que son”.

La vida humana se encuentra dividida en múltiples compartimientos que se distinguen entre sí: límites entre el reino vegetal, animal y el humano, que con sus géneros y especies son perfectamente cognoscibles, pero la mentalidad primitiva los ignora y por consiguiente los rechaza. La visión de la vida es sintética y analítica. Nada para el primitivo posee una forma definida o estática; mediante la metamorfosis puede cambiar cualquier forma en otra, ya sensible o imperceptible. Si existe o puede existir algún determinante en cuanto a la vida primitiva sería esta de la metamorfosis. Lo que caracteriza la mente primitiva, pues, no sería tanto su lógica sino su “sentimiento general de la vida”. En modo alguno carece el hombre primitivo de capacidad para captar las diferencias entre las cosas, pues distingue fácilmente sus útiles de trabajo de las producciones naturales, y puede hasta representarlos pictóricamente, pero en su concepción de la vida todas esas aparentes diferencias entre las cosas se hallan teñidas de un sentimiento más fuerte, la absoluta seguridad de que existe una solidaridad fundamental e indeleble de la vida, por encima de la forma múltiple que señalan las cosas en sus estados simples y singulares. No se representan entonces para el hombre primitivo las cosas jerarquizadas, ocupando él la cúspide, sino que se encuentra inmerso, con un mismo

valor, dentro de las cosas, formando un todo armónico con las formas más elementales de la vida y de los objetos inanimados.

Fue durante mucho tiempo axioma fundamental para conocer las culturas primitivas, el creer que la tradición y la costumbre eran obedecidas servil y espontáneamente, gracias a "una pura inercia mental o a un instinto de grupo que todo lo dominaba". Investigaciones contemporáneas han socavado el fundamento de este dogma de automatismo y mecanismo completos. MALINOWSKI, ha venido ha conmovier estas ideas con las investigaciones iniciadas en tribus salvajes recientes, y como él lo indica, el salvaje, o en nuestro caso el hombre primitivo, tiene el mayor respeto por las costumbres y tradiciones de su tribu, pero la imposición de éstas no es lo único en la vida primitiva; hasta en un estadio verdaderamente inferior de la cultura, se encuentran indicios de otra fuerza. "Una vida de mera presión, una vida humana en la cual todas las actividades individuales estarían completamente suprimidas y eliminadas, parece más bien una construcción sociológica o metafísica que una realidad histórica".

Esta nueva fuerza descubierta en las culturas primitivas sería la magia, pues la fe en ella constituye tal vez la primera y más fuerte manifestación "del despertar de la confianza del hombre en sí mismo". Ya el hombre no se siente a merced de las fuerzas naturales, sino que se convierte en un actor en medio de la naturaleza, porque toda práctica mágica se basa en la idea de que los fenómenos naturales dependen en alto grado de los hechos humanos. Tal vemos que el hombre no necesita de la magia en las faenas menores como la artesanía, la recolección de raíces y frutos, sino que la aplica a signos que adquiere bajo una gran tensión espiritual. Lo que en realidad el hombre intenta conseguir por la magia es la concentración de sus esfuerzos, antes dispersos e incoherentes, como en un haz luminoso que se intensifica sobre un punto previo, naciendo así el nuevo sentimiento "de su propio poder, del poder de la voluntad y de su energía".

La costumbre indiferenciada

En el comienzo de las sociedades, toda norma de conducta se presenta corrientemente bajo la manera consuetudinaria. La costumbre se encuentra entonces como la que regula toda la conducta.

Esa costumbre primitiva tiene mil facetas, pues involucra toda clase de preceptos morales, reglas de trato social (decoro, decencia, cortesía, etc.), normas estrictamente jurídicas, recetas culinarias, consejos de higiene y de medicina, etc. El hombre en esa situación primitiva, que puede abarcar no sólo una fase cronológica muy antigua, sino casos contemporáneos que se refieren a situaciones especiales, rige su vida por la repetición de usos que tienen para él significación moral, religiosa, jurídica, técnica moral y de decoro. Pero es cierto que el hombre primitivo no distingue todos estos aspectos: esa costumbre primitiva se presenta como algo previo a la posterior diferenciación, como una norma indiferenciada, que es todo a la vez, religión, derecho, ciencia, moral, etc., y nada de esto "en particular y con plenitud".

Y debemos observar que esa primitiva costumbre indiferenciada, se presenta más que como una norma, más que como la conciencia de una ley inexorable, "como un puro hecho de poder social irresistible". En otras palabras, el hombre primitivo siente la costumbre como algo que debe ser acatado inexorablemente, la cual tiene que obedecer y por la cual transcurre su vida. Al principio esta primitiva costumbre indiferenciada debió de constituir la verdad del grupo, la conducta que todos los componentes de un determinado territorio seguían, adaptándose a ella paulatinamente por un "mero instinto biológico", más que por una reflexión consciente. No sería tampoco extraño que estas gentes primitivas siguieran el carril de esa costumbre por una especie de inercia, que no tendría oposición, y si la hubiera sería muy leve.

Pero sucede que poco a poco se va cambiando este mero hábito de seguir el camino señalado por los antepasados, y cumplido estrictamente por los contemporáneos, por la idea más determinante de que esa costumbre no se puede y no se debe cambiar, de que ya esa costumbre adquiere ciertas características de norma, es decir, no tanto de que ha sido y es, sino que debe ser cumplida inexorablemente. En la primitiva costumbre el ser humano no hace cuestión de su cumplimiento en las formas consuetudinarias, ya que la coacción que recibe del grupo es tan fuerte que no se experimenta; la coacción viene a estar subsumida en el sentir, tanto individual como colectivo. El hombre primitivo ni siquiera se imagina que las cosas puedan ser de otro modo, no piensa que le sea dable rebelarse contra lo que ha sido siempre, más que todo, se

puede sostener que siente que las cosas deben ser hechas de esa manera y no de otra, se trata en definitiva de "una adaptación cuasi animal al ambiente". Acontece que un buen día un hombre se rebela, por circunstancias diversas, contra lo que ha venido siguiéndose ciegamente. La costumbre entonces se somete a resistencia, se pone en juego su valor y como resultado se valora. Y entonces es donde y cuando aparece a los ojos del hombre aquella normatividad de la costumbre, que no había sentido hasta entonces, pues se dibuja en ella la circunstancia de que debe ser así, por imposición del grupo y no de otra manera.

Esta costumbre, pues, que en su nacimiento tiene características de hecho mecánico, de hábito irreflexivo, y que posteriormente adquiere sentido de normatividad, ofrece una faz múltiple, que como atrás se indicó, abarca disposiciones desde la moral y el derecho hasta simples consejos o insinuaciones higiénicas y culinarias. Pero por circunstancias especiales, hay pueblos en los cuales ciertas normas o partes de esta total costumbre indiferenciada, tienen preponderancia sobre las otras; en un conglomerado humano resalta lo jurídico sobre lo religioso y lo moral, en otros lo moral y lo jurídico sobre lo religioso. Así vemos, por ejemplo, que en Roma lo jurídico es primordial. Roma hace derecho de la religión y la moral, convierte en jurídico cuanto toca. En Grecia, esta norma de costumbre indiferenciada tiende a ser moral, con predominio en toda su cultura de lo moral sobre lo jurídico y lo religioso. Entre los germanos, la norma indiferenciada se desliza con mayor intensidad a crear un vínculo de amistad o hermandad, y en los hindúes, con indudable tinte religioso, se venera el comportamiento noble en la vida para conseguir adaptación en la del porvenir. En los símbolos de los pueblos esta costumbre indiferenciada, teñida por las especiales circunstancias, aparece claramente representada: se encuentra el FAS romano, la THEMIS griega, la SITTE germánica y el DHARMA hindú.

A medida que el hombre va haciéndose más y más hombre con el transcurso de los siglos, dándose conciencia de sí mismo y de todas las instancias de la vida, entonces estas normas se van definiendo claramente: lo religioso en cuanto tal, lo moral, lo jurídico, el comportamiento en público, como diferentes categorías saliendo de aquella primitiva costumbre indiferenciada. Ahora bien, no se trata de que todo haya nacido de una manera empírica y casi en forma de instinto, de manera casual, aunque en la realidad

muchas veces así haya sido; cada una de estas partes de ese todo confuso, complementan una parte de normatividad necesaria en la vida humana en sociedad. Cada grupo de normas, pues, constituye y corresponde a un delimitado aspecto de la cultura humana, que cuando se ha presentado de manera global en el hombre primitivo, rudimentariamente pretende normar una parte de la vida o conducta del hombre, pero inmersa en el todo de la costumbre indiferenciada, pretendiendo llenar de manera imperfecta las necesidades humanas.

Podríamos indicar ahora que una de las facultades más determinantes de la conducta del hombre primitivo está compuesta también por la mimesis. —La imitación es un hecho fundamental de la naturaleza humana: “la imitación —nos dice ARISTOTELES—, es connatural al hombre desde la niñez, pues una de sus ventajas sobre los animales inferiores consiste en que es la criatura más mimética del mundo y aprende al principio por imitación”. Mimesis es pues una norma de la conducta social, de la vida en sociedad, lo mismo en las antiguas culturas que en las contemporáneas, pero trabajando en ellas de diversa manera. En las primitivas culturas estáticas, la mimesis se dirige hacia atrás, enfoca a los mayores, a los antepasados, a los muertos, lo que da como resultado un fortalecimiento casi inconcebible de la costumbre, pero en cuanto estas sociedades empiezan a ascender, a cambiar, la facultad de mimesis se dirige no ya tanto hacia el culto al pasado, sino que se fija en las personalidades creativas contemporáneas. La facultad de mimesis es igual, lo que ha cambiado es el objeto de la imitación, ha cambiado la dirección de la mimesis, al cambiarse esta directriz del respeto casi ciego al pasado estático por la admiración a lo nuevo dinámico, es que se inicia el paso hacia la civilización, pues se quiebran las formas rígidas que habían atado al hombre por milenios.

Como se ha apuntado, aunque la diferencia entre las sociedades estáticas y las sociedades dinámicas, se puede atribuir a una diferencia en la naturaleza de individuos especiales que estarían inmersos en esas sociedades, todos los participantes de una sociedad caracterizada como dinámica necesariamente no son de ese tipo, ni siquiera de manera predominante. El tipo humano que hace que una sociedad primitiva se convierta en civilización y que ésta crezca por medio de su empuje, ha sido definido como “persona-

lidad superior", "genio", "gran místico" o "superhombre", pero en cualquier momento en que los encontremos en una sociedad aparecen siempre en minoría, en aplastante minoría. No son más que un ser extraño en una masa inmensa de humanidad común, y esta humanidad común, por regla general, no difiere del tipo humano primitivo que caracteriza las sociedades primitivas estáticas.

El límite, pues, entre los tipos de acción y la gente común en una sociedad dinámica, no coincide, ni por asomo, entre la diferencia entre una sociedad dinámica y una estática. Entre los miembros de una sociedad dinámica y avanzada, la masa común siempre constituye una aplastante mayoría, y esa humanidad vive igual como la de los componentes de una sociedad estática.

El problema aún está en debate: ¿cómo una personalidad dinámica puede romper con sus hechos internos o externos la "corteza del hábito", y así consolidar en triunfo lo que podría ser una derrota al requebrajarse esa corteza del medio social, y atraer hacia ellos a todos los hombres? La solución del problema exige contemplar detenidamente dos puntos: el de algunos hombres que buscan lo nuevo, y el de todos los demás para hacerlo suyo y poder vivir de acuerdo con él. En una sociedad podemos entonces decir que acaba el período de la costumbre indiferenciada normativa, cuando en ella se dan a un tiempo aquellos dos supuestos: una iniciativa y una docilidad. La segunda condición, o sea la docilidad para absorber lo nuevo, es más difícil de encontrar. Es probable que a los primitivos no les faltara un hombre superior, no se puede dejar la exclusividad de ellos únicamente para las sociedades civilizadas históricas, sino que de lo que carecieron fue de la oportunidad para demostrarle al hombre superior que se admiraba su superioridad, que consistiría en la disposición o ánimo de los otros para seguirlo con fe ciega.

Derecho primitivo

Todo lo que atrás se ha dicho nos ha servido para confirmar históricamente lo infundado del llamado estado ante-social, y por supuesto, de la creación de la vida social por medio de la subscripción de un pacto. Hemos esbozado atrás, y adelante se ahondará más en el asunto, que la sociedad en todas partes se halla constituida por la familia, que viene a estar formada por diferentes

aspectos: religioso, formativo, judicial, es decir, la familia se compone de un altar, de una escuela y de un tribunal. Sobre ella van apareciendo luego estadios más complicados de organización social como el clan, la tribu, nómada o sedentaria, cazadora o pescadora, agrícola o pastoril. Se nota claramente que también con la familia, y por lo tanto con el hombre en sí mismo, es que nace el derecho, siendo desde sus albores un producto exclusivamente humano. El derecho, pues, no nace como producto de un pecado, según lo afirman los tradicionalistas, ni a merced de la evolución como lo creen los positivistas. ¿Es la primera fuente del derecho la ley, la costumbre o el juicio? Lo primero es sostenido por las doctrinas teológicas sobre el nacimiento del derecho; la mayoría se inclina por la preponderancia en el tiempo de la costumbre, porque es la fuente de todo en los albores de la cultura, de donde el derecho vendría a ser "antes vivido que conocido", y algunos, también escasos, como SUMMER MAINE, sostiene que el derecho nació por la sentencia de los padres de familia, quienes inspirados por la religión ponen fin a un problema, pero olvidan que se resuelve un proceso por una regla jurídica o religiosa preexistente, que no ha podido ser creada sino por la costumbre.

Llegados a este punto, nos encontramos ante una disyuntiva que hay que dilucidar antes de proseguir: ¿puede darnos la Historia alguna idea de qué es el derecho? o, ¿tendremos que abandonar este seguro camino? Si la Historia es lo que ha hecho el hombre, y el derecho es indudablemente un producto humano, la solución tiene que estar ahí. La Historia, considerándola aquí como historiografía, nos contestaría las múltiples sociedades que han sido y son y las sucesivas peripecias porque han pasado, y nos señalaría tantos derechos, como han sido y son los sistemas jurídicos positivos, junto con los momentos de su más alto desarrollo. ¿Qué necesitan esos múltiples "derechos" para hacerse efectivos por quienes los han creado en las diferentes civilizaciones? Se tiene que concluir, con rápida contemplación de los hechos históricos, que es siempre el elemento más fuerte, en su acepción de libre moralmente, de la organización social el que impone el derecho. Pueden darse muchas formas de imposición: un grupo reducido, o un solo hombre que se impone a una mayoría, o bien una mayoría que impone las normas a una minoría. Es esta facultad que tiene el derecho para hacerse cumplir lo que se ha llamado coercitividad,

y es la que lo distingue de toda otra clase de normas. No se puede imaginar una norma jurídica que no tenga coercitividad o imperatividad; este mandato es el elemento integrante y esencial del derecho, porque el derecho se presenta siempre frente a dos sujetos, uno que lo dicta y otro que lo obedece; se impone un deber lo que constituye precisamente imperar. Es esencial al derecho esa coercitividad, esto es, que en caso de burlarlo es posible "hacerlo valer mediante la fuerza".

Ahora bien, en general el derecho emana de un poder, de una fuerza que lo impone y que lo hace respetar y cumplir, pues no podríamos encontrar obligación jurídica ni derecho, sin una fuerza correlativa que los impusieran o hicieran respetar. Y si esta fuerza es tan esencial al derecho, pues sin ella el derecho sería nulo, sin ningún valor entre los hombres, ¿no será esta fuerza el derecho mismo? Creo que no hay más derecho que el que proviene de la fuerza, no en el sentido aristotélico de violencia, convertida en debilidad, sino de poder hacer algo, tener capacidad de hacer algo en contra o a favor de alguien o de algo, en fin, de libertad moral, puesto que tiene derecho quien tiene esa fuerza-poder; pero esa fuerza-poder no es irrestricta, pues la limita la fuerza que emana de los otros. Ese "orden de coacción" que se equilibra, entonces, es lo que vendría a constituir el derecho: es esencial esa regulación de la fuerza en las relaciones entre los hombres: el derecho "aparece así como una organización de la fuerza". Conforme al desarrollo histórico, y no hay que hacer mucho esfuerzo para verlo claramente, desde las antiguas épocas faraónicas hasta los modernos estados capitalistas, ha sido siempre el derecho la subyugación de un grupo social, y el establecimiento, por el grupo más fuerte, de una organización que le permita dominar y conducir al más débil. Si se entiende por ley, con el Chief Justice HOLMES, la predicción de las circunstancias en las cuales la fuerza será aplicada sobre los hombres a través de las cortes o de la interpretación, notamos la ausencia clara de esas nociones superiores del llamado derecho natural. ¿Cómo se podrían defender las escuelas de derecho racional ante la Historia si esas supuestas normas racionales no son conocidas por el hombre? Si nos retrotrájeramos al comienzo de la humanidad, al momento en que el hombre, por cualquier circunstancia, se dio cuenta de que ya era un hombre y no un animal, a aquel momento en que nació el derecho, ¿pudo aquel hombre darse cuenta de la

existencia de normas abstractas y superiores? No. La propiedad privada, por ejemplo, nació cuando alguien se apropió de algo que no tenía dueño o lo expropió violentamente de un predecesor cuyo título, por supuesto, había sido también una apropiación violenta, y en ese momento, nuestro hombre prehistórico, no pensó en el derecho natural ni en las ventajas que esa apropiación violenta tendría para el liberalismo o para las doctrinas económicas del futuro; igual, o por similar sistema, nació el derecho a ser libre: el primer hombre que fue vejado por su semejante, al sentirse herido sin razón, dio nacimiento al derecho correlativo, y así se puede continuar enumerando el nacimiento de todas las manifestaciones del derecho.

El derecho en esta época primitiva presenta las siguientes características generales: primero, puede decirse que todo él es derecho de familia, porque ésta en aquellos tiempos antiguos lo era todo, predominaba sobre todo el conjunto, como podríamos también sostener que ahora primordialmente lo es el individuo; segundo, que como lo ha dicho FUSTEL DE COULANGES, la religión de esa familia es un punto esencial en la vida y desenvolvimiento de la misma, ya que sin ella no podríamos concebir la unidad de esa familia primitiva; y tercero, que el derecho es sobrio, ceremonioso y sobre todo simbólico, puesto que, como ha sostenido MICHELET, en aquella época del desarrollo jurídico "la mano transmite, la boca confirma, el oído atestigua, el beso sella, el pie toma posesión".

Si atendemos al modo especial de cada una de las instituciones examinadas someramente, encontramos: en relación con el **derecho de personalidad**, que, absorbido el hombre intensamente en la familia, su condición jurídica está determinada primordialmente por el **status**, o sea aquella situación por la cual una persona hace y actúa como ha sido prefijado por circunstancias ajenas a su voluntad, no comprendiéndose en aquella época que el hombre pudiera actuar libremente, primero dentro de la familia y luego en la sociedad, como en el seno de las culturas posteriores, en las cuales adquirió inmensa importancia el contrato; respecto al **derecho de propiedad**, que éste indudablemente nació siendo social, pues tendría gran importancia en que las cosas apropiadas fueran a poder de la célula más grande y fuerte que era la familia y luego el clan o tribu; en lo que hace al **derecho de familia**, que se muestra fuertemente

organizada, de manera impermeable, bajo el poder absoluto y teocrático del padre, que es a su vez un todo: sacerdote, maestro, legislador, etc., de esta incipiente célula social, cuyo continuísmo se basaba en preferir la agnación sobre la cognación, y mantener a la mujer sumisa como productora de elementos que le darían sucesión en el tiempo a esa familia, por eso también nace la institución de la adopción que tiende con eficacia a dar hijos al padre que no los tiene y no al contrario; en relación con el **derecho de obligaciones**, como los contratos tienen poca importancia, ya que los individuos por la situación preponderante de la familia se regían por el sistema de **status**, y como los diversos y pocos contratos que podrían nacer eran casi tratados entre familias, comprendemos entonces fácilmente su carácter excesivamente formulario y solemne; respecto al **derecho penal**, que aparece confundido en sus inicios con el pecado, pues las transgresiones que se presentan en la familia son castigadas por el padre en un doble concepto, como sacerdote y como juez, y de tal manera la pena tendría un carácter netamente expiatorio, con ramificaciones bien marcadas en cuanto al arrepentimiento por el hecho consumado y la promesa de no volverlo a repetir, como juramento sagrado ante los dioses celebrado por medio del padre; respecto del **derecho procesal**, el *pater familiae* es el jefe del grupo, y más tarde de la tribu y que además actúa como único juez, el cual hace que ese derecho consuetudinario se haga valedero y efectivo, pues las sentencias anteriores marcan una pauta a seguir en los nuevos casos; y con relación al **derecho político**, es el padre una reunión de todos los poderes, lo que da lugar a que en un futuro aparezca la monarquía patriarcal, hasta que, cuando crece la tribu sobre la familia, los jefes de las agrupaciones familiares que forman las tribus se lo distribuyen y lo comparten entre ellos, eligiendo, en la mayoría de las veces, un jefe entre los más aptos, con la salvedad, cuando en estos grupos primigenios aparece una clase sacerdotal que se atribuye, o la totalidad del poder, o el poder de interpretar la voluntad de los dioses en cuanto al gobierno, con lo que en conclusión vienen a resultar en los conductores del grupo.

En consecuencia, se puede asegurar que en esta edad primitiva encontramos en embrión los inicios de todas las instituciones jurídicas en forma global, y notamos que el derecho es casi todo derecho de familia; además, que el elemento social o de grupo, prevalece en mucho sobre el elemento individual, al contrario de lo que hoy

acontece en las culturas occidentales; y finalmente, que dadas esas circunstancias, hoy despierta vivo interés el estudio de la juridicidad en estas épocas antiguas, no para buscar en ellas un ideal de derecho puro y primigenio, sino para rastrear el nacimiento de muchas instituciones jurídicas que todavía tienen plena validez. El estudio comparado del derecho en las épocas prehistóricas y las épocas históricas más antiguas, nos permite sentir que el derecho actual positivo no es una mala traducción de ideas jurídicas ultraterrenas, inmutables y perfectas, sino el acomodamiento, que a través de las edades, han ido sufriendo las instituciones jurídicas que ahora nos regulan.

Régimen social *

En Italia las culturas que aparecieron al final del paleolítico se prolongaron desmesuradamente, y como, además, el metal empieza muy rápido su gran papel en la cultura, muchos investigadores, especialmente italianos, sostienen que no ha existido allí una época neolítica pura. Sin embargo, varios grupos culturales de la península y tal vez algunos de las islas, deben catalogarse en la edad de piedra pulimentada. El oeste de la península y las islas próximas a ella, especialmente Cerdeña, recibieron la influencia de la cultura europea-occidental de la llamada "cerámica de zonas", cuyos divulgadores fueron los IBEROS, si bien en esta zona de Europa hay que suponer más que movimientos de poblaciones, simples reflejos culturales. Por ejemplo, la cultura de las cavernas ligúricas se desparrama mucho hacia el oeste y el norte, y en cambio, el grupo del oriente italiano presenta en la apariencia y en los diseños de la cerámica, muchas afinidades con la "cerámica de cintas" de la Europa Central. Y, el grupo meridional, la llamada cultura de STENTINELLO, refleja un gran porcentaje de las culturas orientales del Mediterráneo: Grecia, las Islas y el Egipto. Una cerámica notablemente policroma ha aparecido, casi inexplicablemente, cerca de las minas de sílex del Monte TABUTO en Sicilia.

Expuesto lo anterior, llegamos a la conclusión, casi más bien supuesta, que el régimen social que imperaba en toda la Italia "itálica", era de un tipo patriarcal más acentuado que el que conocieron las culturas que habitaban en torno al EGEO, y que esta organización más patriarcal, haya sido empleada en las ricas tierras

de la Europa Central, a diferencia de las del Egeo que eran más pobres. Por consiguiente, la evolución social de estos lugares se atrasó sobremanera, ya que durante mucho tiempo no pudo existir la vida de ciudad. Los clanes, o grupos de varias familias, casi no tuvieron relaciones entre sí, sino que vivían en pequeños núcleos diseminados alrededor de la llanura latina, subidos en escarpadas rocas de fácil defensa, o al centro de estas llanuras sobre los montes albanos. Pero en el LACIO y la CAMPANIA, y sin duda en muchas otras partes, tenemos noticia de la formación de extensas federaciones de clanes con dos fines primordiales: la defensa común y el culto de los dioses indo-europeos, que estaban estrechamente emparentados con las divinidades griegas.

El neolítico tal vez no sea el más interesante de los períodos prehistóricos, pero sí uno de los más fructíferos en logros culturales. Como es cierto que el hombre al comienzo de su existencia no conocía los metales, es un hecho histórico cierto que tenía que usar de la piedra y otros medios semejantes para conservarse precariamente vivo, pero al mismo tiempo llama la atención el alto grado de desarrollo que en su vida sedentaria llegó, a pesar del desconocimiento absoluto del uso de esos metales. Es en este período, y no en otro, donde se pusieron las primeras bases de la civilización, sobre todo al aparecer los fundamentos de la irradiación de la agricultura en el continente europeo. En la coexistencia de razas humanas que se dio en esta época, también aparece el contraste marcado entre las simples tribus cazadoras del paleolítico, que permanecen en el estadio más bajo de la economía de la organización social, y los grupos del campesinado neolítico, en los grupos donde ha llegado a su forma más alta de desarrollo. Las épocas habitadas por tribus cazadoras, ven las formas de organización social más rudimentarias, y únicamente, ya con el campesinado neolítico sedentario, empiezan a aparecer formas más altas de vida en grupo y organizaciones económicas, por supuesto incipientes, determinadas por el vivir tribal reguladas en establecimientos más o menos unificados.

Ya en el neolítico superior estos grupos conocen no solamente la simple forma económica de apropiación sino además la de reproducción, sobre las cuales todavía se apoya nuestra vida material actual. De esta manera quedó más abierta la profunda escisión entre el mundo animal y el mundo humano, que se acentuó cuando

el hombre fue abandonado poco a poco, pero nunca del todo, la caza, la pesca y la recolección de frutos silvestres, por las formas más avanzadas de la cría de ganado y la agricultura organizada.

Por esta época la cerámica aparece como llevadora de múltiples y complicados sistemas de adorno. Empieza con cierta intensidad la fabricación de objetos de piedra pulimentada, algunos horadados, que exigen no sólo conocimiento del oficio sino mucha paciencia y habilidad manual, aunque estos objetos no se diferencian notablemente de sus correspondientes del paleolítico. Comienzan a aparecer también las cabañas construídas en lugares escogidos por su fácil defensa —la cúspide de altas colinas—, y rodeadas de gruesos troncos como fortificación. Además, se inicia la construcción de complicadas tumbas, algunas de ellas decoradas con belleza, para albergar a los muertos, quienes son depositados en ellas de acuerdo con ritos prefijados de enterramiento, que varían de región a región. Así pues, tenemos los caracteres fundamentales de una época y de una generación distinta.

Entre los animales domésticos en esta época aparece el perro, cuya existencia se comprueba por la multiplicidad de sus representaciones pictóricas en las cuevas siempre acompañando al hombre. Los grupos primeros donde se encuentra este fiel animal, es dentro de los KIOKENMODINGOS del mesolítico, ya incluso dividido en dos razas, el dogo y el perro de turbera; en la época de los palafitos encontramos dos nuevas especies, el perro de Pomerania y una variedad sui generis del lebel. El buey se nota ya en ANAU I, y se cree con cierta seguridad, que aquí tuvo origen la domesticación de las especies salvajes de este animal.

Es importante conocer cómo estaban organizadas las habitaciones en esta época prehistórica, pues alrededor de ellas, al iniciarse la vida en grupo, es que nació el derecho. Por lo que hace al aspecto físico, hay casas redondas y casas rectangulares. No es aceptable la teoría que asigna las primeras a las razas nórdicas y las segundas a las razas mediterráneas, pues ambas formas de construcción aparecen entremezcladas en las diferentes culturas, y no están condicionadas al pueblo o raza que las ocupó, sino más bien por la técnica empleada en la construcción. En las regiones pobres en madera tuvo que emplearse el barro o la piedra, y es natural que la forma redonda fuera la más fácil, técnica que con

el futuro dio nacimiento a la cúpula y a la bóveda; pero, en las regiones ricas en madera, la forma rectangular es la que predomina. Desde el punto de vista histórico, es mucho más importante observar que todas esas habitaciones eran de un único aposento, y que cuando a esas casas se les agregó el vestíbulo exterior abierto, apareció el tipo de MEGARON, que luego fue el de la casa señorial de la época micénica, que en la antigüedad clásica se convirtió en templo. A menudo en las poblaciones del neolítico, repetimos, varias casas o cabañas se reunían para formar aldeas o granjas colectivas, y el excavamiento del interior de esas casas o chozas indica a qué estaban destinadas primordialmente, sea a taller, almacén o lugar para dormir. El que se conozcan tan pocas aldeas de este lejano tiempo, se debe, fundamentalmente, a que las excavaciones en grandes extensiones son más que imposibles, y sólo han podido llevarse a cabo en casos excepcionales. Para comprobación de su existencia bastan los ejemplos excavados en KÖLN-LINDENTAL y en los diversos palafitos. Algunos poblados fortificados se conocen en la región de MICHELSBERG y en el círculo de la cultura de cintas. También los palafitos pueden considerarse, en amplia proporción, como pueblos fortificados.

Cuando, ya en el tercero y segundo milenios antes de nuestra era, el mediterráneo oriental nos ofrece ejemplos de la primera civilización brillante que conoce la historia —Egipto—, y en la Mesopotamia, Creta y Grecia se alcanzan grados de cultura y civilización que sorprenden, la tierra itálica aún sigue perdida en la oscuridad. Es en ETRURIA, que se encuentra ubicada más o menos en la actual Toscana, donde emerge casi súbitamente, a fines del siglo VIII y a principios del VII huellas indelebles de una poderosa cultura. Aunque todo el proceso de formación de la cultura etrusca necesitó varios siglos para modelarse, a nosotros, con una perspectiva de casi 2.800 años, se nos presenta como que emergió con la espontaneidad de un fenómeno de la naturaleza. A la forma estática de la cultura de los milenios anteriores, sigue un ritmo jadeante, convulso, como si se quisiera recuperar en unas pocas décadas todo el tiempo que otros pueblos de la prehistoria habían conseguido en muchos milenios. Como consecuencia de ese nuevo ritmo de vida, nace un especial culto a los muertos con monumentos que pasan a la mente contemporánea; ese rápido crecimiento de las ciudades comerciales toscanas se convierte en el comienzo de una organi-

zación total de los pueblos etruscos, lacios y umbros, sujetos todavía a una vida bastante primitiva, en un estado confederado, de donde nació por vez primera la idea de que toda la península itálica debía convertirse en un solo imperio (CLES REDEN). Los etruscos durante cinco siglos representaron en el occidente la única sociedad que no es ni únicamente griega ni cartaginesa, e hicieron una triunfal entrada en la historia y con ellos Italia; se nota que con la entrada de los etruscos se ilumina un aspecto parcial de la historia de esa época, que generalmente había quedado oscurecido en sus márgenes, como un viejo cuadro. ¿Qué pueblo fue ese, de dónde procedía, cómo hablaba, cuáles eran sus instituciones principales? Todavía estas preguntas no se han podido contestar. No hay Edipo que se haya enfrentado a la esfinge etrusca.

Observando el régimen social imperante dentro de los etruscos, se notan particularidades que los diferencian radicalmente de griegos y romanos posteriores, y de los primitivos griegos e itálicos: en las inscripciones de los monumentos funerarios no es raro encontrar junto al nombre del difunto, el de su padre y además el de la madre. El lugar preponderante que entre ellos ocupaba la mujer, pues le permitía asistir a banquetes y juegos públicos, —para escándalo de griegos y romanos—, es bastante similar al que mantenía la mujer lidia.

Dentro de todos estos grupos, ya etruscos o bastante anteriores a ellos, hay un personaje que descuella rodeado de un halo de simbolismo y misterio: es el mago. Estos magos ya eran especialistas estando hábilmente entrenados en su tarea, aunque su entrenamiento no les otorgaba la distinción de separarse del grupo en la búsqueda del alimento. Las representaciones pictóricas que ejecutaban en cuevas o templos sobre animales simbólicos o naturales, demuestra que su visión del animal vivo era excelente, y en aquella época esa contemplación tan astuta y detallada del animal, sólo la podía obtener un cazador. En su carácter de magos-sacerdotes deben de haber gozado dentro del grupo de un gran respeto y tal vez de autoridad.

En este estadio de la cultura predominaba ese hechicero, buen conocedor del hombre, los animales y las artes plásticas, y así decoraba las paredes de las cuevas, no tanto para que sirvieran de adorno o blancos para el tiro, sino por razón primordial del culto.

Los pueblos cazadores, entre ellos los indios, negros y siberianos, han observado la costumbre de bailar alrededor del animal cazado, lanzándole flechas y lanzas, para celebrar de esta manera la victoria obtenida. De igual manera estos pueblos primitivos bailarían delante de sus pinturas de animales, para atraer sobre ellos poder y así cazarlos sin gran dificultad. Y no era solamente esto: las representaciones gráficas de mujeres darían amores, las de mujeres embarazadas progenie, las de animales embarazadas traerían suerte en la descendencia de las piezas cobradas en trampas, asegurando así la fecundidad de la especie. En estas cuevas majestuosamente adornadas con pinturas, con una entrada generalmente muy difícil de lograr, los hombres jóvenes, los grupos de cazadores y los padres de familia, bajo la guía del hechicero, realizaban bailes sagrados ante las pinturas simbólicas, para iniciarse en los cultos de la fertilidad, cobrar la presa fácilmente y lograr la fecundidad de la mujer con la cual asegurar el nacimiento de los hijos.

Que el culto y la magia, bajo la dirección del sacerdote tuvieron un papel muy importante en la prehistoria, lo resaltaron los estudios hechos sobre las cuevas de TUC D'AUDOUBERT y TROIS-FRERES en la provincia francesa de ARIEGE. Desde 1876 se habían iniciado las grandes excavaciones en esta sección de Francia, pero no fue sino hasta 1912 y 1914, cuando el Conde de Bégouën descubrió un verdadero laberinto de múltiples galerías subterráneas, templos y recintos, especialmente dedicados a la práctica de la danza mágica. Es imposible imaginar que estos hombres del pleistoceno hayan habitado regularmente estas excavaciones y cuevas naturales, por la dificultad inmensa que presenta su acceso. Todas las rutas subterráneas que conducen a las galerías ceremoniales tienen que haber significado para el hombre primitivo una especie de prueba en cuanto a valor y seguridad. En el fondo, en las oscuras galerías alumbradas por lámparas de aceite o grasa de animales, rodeados de profundas y negras aguas, los grandes hechiceros, acompañados de los suplicantes, practicaban sus ritos mágicos. Fue más pasmoso lo que descubrieron en la última de las galerías, a la cual llegaron con inauditos esfuerzos el Conde de Bégouën y sus hijos: dos esculturas de bisontes que resaltaban sobre la pared, un macho que caía sobre una hembra. Alrededor de esta obra se encontraban una multitud de huellas de hombres jóvenes, adolescentes, que probablemente disfrazados con pieles de bisonte, pasaban el

examen de su madurez, aprendiendo los secretos del apareamiento y la fecundidad.

Estos ritos de iniciación se fueron complicando gradualmente, y así necesitaron de un hombre que comprendiera sus secretos y no dejar, que por ignorancia del ritual, perdieran el resultado que se buscaba; este maestro de ceremonias, fue, pues, el primer sacerdote típico que conoció la humanidad. El calificativo de SHAMAN, que le pusieron los mongoles, ha sido usado por los científicos para designar esta especie de maestro, director y curandero. Un shamán, además, tiene un poder inmenso, pues es capaz de efectuar encantamientos: no sólo conoce las fórmulas para hacer sanar las más extrañas enfermedades y curar las más graves heridas, sino que también con su poder puede influir a distancia sobre una persona para producirle una melancolía que poco a poco, y por tristeza, lo llevará a la muerte sin posibilidad de mejoría. Para producir esta muerte bastaba al mago herir algo que le perteneciera al condenado o maltratar su efigie; escupir sobre el rostro también producía la muerte, y en circunstancias especiales, en la oscuridad de la noche, con sólo señalarlo con el dedo o con un hueso puntiagudo, se podía destruir simbólicamente al señalado. El embrujado no tratará de oponer resistencia al poder del mago, cuando más intentará acudir donde otro, para ver si es posible alejar el maleficio; por regla general se dejará morir irremisiblemente, sumido en una grave melancolía llamada TANATOMANIA, que es una "obsesión de la muerte".

Como hemos esbozado que el mago fue en realidad el líder del grupo, asimismo podemos deducir que los hombres en edad temprana aprendieron a actuar en compañía, cooperando unos con otros, en el logro de los alimentos. Una criatura extremadamente débil y tan miseramente dotada para su defensa natural, era nula en la cacería de las grandes fieras que constituían el punto básico de su dieta. Se supone una rudimentaria organización social en este sentido, pero se carece de datos sobre ella. Más adelante en la prehistoria los musterienses se especializaron en la caza del mamuth, uno de los grandes mamíferos árticos que, junto con el rinoceronte lanudo, una vez cortado en grandes pedazos, llevaban arrastrando a las entradas de las cuevas o habitaciones. Como es lógico suponer, estas grandes bestias no podían ser cazadas, ni por una sola persona ni por un grupo familiar pequeño, sino que necesitaban del aporte

de una organización social más amplia, cuyos componentes cooperaban con indudables fines económicos.

Si se pensaba que la fijación en las paredes por medio de representaciones mágicas de las figuras de los animales susceptibles de caza, aseguraban su apresamiento, y que si las ceremonias que iniciaba el mago eran indispensables para obtener la victoria sobre el gigantesco animal, no es descabellado pensar que el que mandaba el grupo era el propio mago, quien indicaría el lugar apropiado de la caza, apostando a los cazadores en los puntos necesarios e indicandoles, tal como había hecho en la caverna con el animal pintado, los lugares en los cuales las flechas y las lanzas producirían una muerte segura. Se puede concluir entonces sin que sea aventurada la idea, que en estas sociedades primitivas prehistóricas, para todos los asuntos de esa compleja vida mágica, que dependía de tantos factores misteriosos e inaccesibles para el hombre común, representado por el HOMO SAPIENS o el NEANDERTHAL, fue el líder aquel sacerdote-mago, embrión humilde y simple de lo que luego, al transcurrir milenios, serían los grandes conductores de la humanidad.

Relaciones sexuales (¿matrimonio?) *

Las mayores controversias de los tiempos prehistóricos, de acuerdo con GERMAN KLAATSCH, no se presentaban por el usufructo o la propiedad de las tierras, porque las había en abundancia, sino por la apropiación de la mujer. Y todo hombre que en aquella época se tenía en aprecio, procuraba aparentar extremada fuerza y ser gran luchador para así, con mayor facilidad, impresionar a las mujeres.

Es una de las primordiales tareas de la costumbre entre los hombres regular las relaciones sexuales, las cuales, por regla general, son perpetua fuente de discordia, luchas enconadas y además, si no están fuertemente sujetas por prohibiciones o tabúes, pueden ser fuente de degeneración en el grupo. La forma primigenia de esta costumbre ha sido la regulación del matrimonio, que podría definirse en rasgos generales como "la asociación de cónyuges para el cuidado de los hijos". Esta ha sido una de las instituciones humanas que ha pasado por más cambios y experimentos: dentro de ella se conocen casi todas las formas variables, "desde la primitiva crianza

de hijos sin asociación de cónyuges a la moderna asociación de cónyuges sin crianza de hijos”, como expresa WILL DURANT.

No es una institución humana en su invención, los animales ya la poseían con anterioridad al hombre. Existen aves que aparentemente viven en un matrimonio monógamo sin posibilidad de divorcio. Entre los orangutanes y gorilas la asociación dura todo el período de celo y cría, y presenta asombrosos rasgos humanos: la conducta libre de la hembra es castigada duramente por el macho. Los orangutanes, sostiene DE CRESPIGNY, “viven en familias: el macho, la hembra y un hijo”; y el DR. SAVAGE indica que en los gorilas “no es insólito ver a los viejos sentados bajo un árbol regalándose con fruta y afectuosa charla, mientras sus hijos brincan en torno suyo y saltan de rama en rama con ruidoso alborozo”; de tal manera podríamos concluir, sin miedo a la exageración, que el matrimonio, en sí mismo, es mucho más antiguo que el hombre.

Los grupos sociales que no han regulado sobre el matrimonio son bastante raros, pero un diligente investigador puede encontrar muchos ejemplos que muestran con claridad el paso de la promiscuidad libre de los mamíferos inferiores a los primeros pasos de estabilidad con el hombre primitivo. En HAWAI y FUTUNA, inmensa multitud no se casa; los LUPUS se apareaban sin orden y no tenían idea de qué podría ser el matrimonio, lo mismo que ciertas tribus de BORNEO, que se unían pasajera y duramente, durante la época de celo, sin tener idea de ninguna estabilidad; y en la RUSIA primitiva “los hombres usaban de las mujeres sin distinción, de modo que ninguna mujer tenía marido determinado”; los ARUNTA, en cambio, observaban un ceremonial bastante complicado para el matrimonio y aún normas más severas para encontrar un posible parentesco entre los contrayentes, y ejecutaban, ya en la misma celebración del rito, ceremonias mágico-religiosas a veces bastante dolorosas; profesaban una serie de creencias oscuras y difíciles de comprender en relación con los totems, animales, antepasados y espíritus buenos o malos. En realidad, al estudiar todas estas normas matrimoniales, es preferible no generalizar, y tomar todas esas situaciones con cierta cautela, por ser parte de la herencia actual legada por el hombre primitivo. Se ha dicho que los PIGMEOS africanos “carecen de institución matrimonial y siguen sus instintos animales sin restricción alguna”. Esta arcaica “nacionalización de las mujeres”, corresponde hasta cierto punto a las ideas colectivas sobre la tierra y la

producción de alimentos, pero esto desapareció completamente en época tan antigua, que actualmente casi no quedan señales de ella. Sin embargo, algunas reminiscencias podemos encontrar en las ideas de algunos pueblos de que la monogamia envuelve una inmoralidad, ya que supone una especie de "monopolio de una mujer por un hombre", y por eso se conocen ejemplos de fiestas, que se presentaban con regularidad, en las cuales existían períodos de licencia donde se perdían todas las prohibiciones sexuales; hay casos en que la mujer antes de contraer matrimonio debía estar desflorada, ya sea por el primero que la solicitara, como en el templo de MILITA en BABILONIA, o por la madre como entre los INCAS; en la obligación de prestar la esposa al huésped, como en algunos códigos antiguos de hospitalidad; y por último en el *JUS PRIMAE NOCTIS*, derecho de los primitivos señores feudales de desflorar a la esposa en la primera noche antes que el marido, institución que tuvo vigor en las primeras épocas del feudalismo, quizá desprendido de los derechos que tendrían los primitivos jefes germanos de tribu.

En la segunda etapa apareció un sistema de uniones, que aunque esporádicas e incipientes, ya regulaban la primitiva promiscuidad: los ORANG SAKAI de MALACA, por ejemplo, tenían la costumbre de que las muchachas de la tribu permanecieran por un determinado tiempo con cada uno de los hombres de la misma, hasta haber completado el círculo, iniciándolo luego otra vez y así indefinidamente; en los YAKUTAS de SIBERIA, los BOTOCUDOS de AFRICA DEL SUR, y las clases inferiores del TIBET, primordialmente, el matrimonio era cuestión de conveniencia, y podía terminarlo cualquiera de las partes cuando bien lo quisiera, sin dar ninguna explicación a la otra; los BOSQUIMANOS tenían la costumbre de "que cualquier desavenencia bastaba para deshacer una unión, y nuevos enlaces podían hallarse inmediatamente para ambos"; entre los DAMARAS, según cuenta FRANCIS GALTON, "la esposa era cambiada casi semanalmente, y pocas veces supe sin preguntarlo quién era el esposo *pro tempore* de cada dama en un período determinado"; en los BAILAS "las mujeres pasan de uno a otro hombre y por iniciativa propia dejan un marido por otro. Jóvenes que alzaron apenas los veinte años a menudo han tenido ya cuatro o cinco maridos, todos aún vivos". La terminología usada en el HAWAI para indicar matrimonio originalmente significaba probar. No hace apenas un siglo, entre los habitantes de TAHITI, las uniones eran

absolutamente libres y rescindibles a voluntad de cualquiera de los que se unían temporalmente, mientras no se tuvieran hijos; caso de haber nacido un hijo en esta unión se tenían dos posibilidades: los padres podían matar al hijo y deshacer la unión, o educarlo y criarlo iniciándose así una relación más permanente; "el hombre se comprometía a mantener a la mujer en compensación a la carga del cuidado del niño que ella asumía".

MARCO POLO observó que en una aldea del Asia Central, llamada PEYN en el siglo XIII: "si un hombre casado va a cierta distancia de su hogar para una ausencia de veinte días, su mujer tiene el derecho, si quiere usarlo, de tomar otro marido; y los hombres, según el mismo principio, se casan dondequiera que residan".

LETORNEAU sostiene, exponiendo acerca del matrimonio, que "todo posible experimento compatible con la duración de las sociedades salvajes o bárbaras se ha ensayado, o se practica todavía, por varias razas, sin antelación alguna a las ideas morales que prevalecen generalmente en Europa". Además, de esos experimentos en duración del matrimonio, existían los experimentos dedicados a la afinidad matrimonial. En muchos lugares es común ver el "matrimonio colectivo", de acuerdo con el cual un cierto y determinado número de hombres de una tribu, se casaba con cierto y determinado número de mujeres de otra tribu. En el TIBET, fue muy común que determinado número de hermanos se casara con igual número de hermanas, cohabitando todos y practicando entre ellos la comunidad sexual, pues cada uno de los hombres (hermanos entre sí), podían tener relaciones sexuales con las mujeres (hermanas entre sí). JULIO CESAR observó una institución similar entre los británicos. Podemos colegir que rastros de tal costumbre se conservaron en la institución del levirado o levirato, por medio de la cual entre los hebreos, el hermano debía contraer matrimonio con la viuda de su hermano, caso de que éste no hubiera dejado descendencia.

Para concluir, vemos que son bien antiguas las más recientes innovaciones en cuanto al matrimonio y al divorcio.

En el estado prehistórico de la cultura humana, la industria no debe haber ido más largo que sustituir por otras las cosas que el uso u otro accidente destruyeran; y todas deben de haber sido cosas que todos hacían según sus necesidades, sin posibilidad de encargarlas unos a otros. Y como cada uno de todos era capaz de hacer las cosas por sí mismo, sin recurrir ni al arte ni a la ciencia del vecino, entonces no tenían lugar ni el intercambio de productos ni la especialización del trabajo. Esto también se confirma por la disponibilidad absoluta que se tenía de toda la materia prima, que no debía ser acumulada ni almacenada con anterioridad. Esa fabricación de cosas con anterioridad al ser usadas, tendría como consecuencia únicamente el entramamiento de la movilidad, cuando había siempre necesidad casi urgente de abandonar el campamento o mudarse de la cueva. En el núcleo familiar nadie cobra por su trabajo, y en esa época primitiva ni se ahorra ni se acumulaban ganancias, se suponía la no existencia de la propiedad individual, salvo la de un pedazo de piedra convertido en cuchillo o una fuerte quijada preferida; el suelo era tan libre allí como el mar entre nosotros y la hierba era de propiedad común, como los peces antes de ser tomados. De manera que, pues, la previsión y el pago de los servicios se reducía al mínimo y el aliciente para el trabajo, se convertían en una situación casi absurda. "El ganado y los hombres son miembros igualmente de un grupo común, que los griegos, y los naturalistas modernos, llamaban y llaman una SINTROFIA; unos y otros pertenecen igualmente a él, y unos a otros".

Todas las instituciones que hemos visto en los pueblos pastores, son sumamente sencillas, y hemos visto también, que estas sociedades, donde han aparecido, consisten en grupos unidos de parientes que viven como una FAMILIA PATRIARCAL, sin ninguna otra institución anexa que les sirva de gobierno. Esta familia patriarcal primitiva está organizada sencillamente: se compone de un padre, varias madres —cuyo número depende de la capacidad económica del padre—, los hijos y los animales. Los dos últimos grupos son esenciales, pues sin ellos la supervivencia de la especie sería nugatoria y además, se cuida tanto de no tener más hijos de los necesarios, como de no tener más cachorros de los que se pueden mantener. Ejemplos los tenemos en países pobres como la antigua

Grecia y el Chaco del Paraguay, y en países superpoblados como la China moderna.

En esta sociedad patriarcal, aparentemente sin afectos, se encuentran estos mitigados por la necesidad de los hijos, según lo determina la división del trabajo. Niños ya muy pequeños son aptos para el cuidado de los ganados propiedad de la familia. Realmente los hijos son una forma de propiedad muy apreciada y valiosa: "Una herencia y un don que viene del Señor", decían los antiguos hebreos. Si falta alimento para mantener el grupo, se le roba al vecino descuidado, y por otra parte, la mujer y el hombre sin hijos son mirados con horror, como si hubieran sido objeto de un castigo divino.

De igual modo a lo que sucede con los hijos, acontece con las madres. Ellas son económicamente útiles también: traen y crían hijos, con las pieles de los animales hacen tiendas y telas, hilan la lana para los vestidos, y en etapas anteriores son las que se dedican a la cerámica, y son las que en fin, enseñan todas las artes a las nuevas generaciones que se levantan: son las depositarias y dispensadoras de la tradición. Una mujer que sea realmente útil tiene un alto valor, puede comparársele a muchas cabezas de ganado, y fueron frecuentes los tratos de cambiar por mujeres las cabezas de ganado que se tenían en exceso. Si la mujer no resultaba como se había planeado, entonces se la expulsaba para que retorne a su grupo, si acaso es recibida allí. ABRAHAM, por ejemplo, expulsó de su hogar a la esclava AGAR, y ésta "anduvo errante por el desierto de Bersabee" (GENESIS, XXII:14).

Este tipo de sociedad con su organización política reducida a la voluntad de un solo anciano, rodeado de mujeres e hijos, que se concebían como una especie de ganado altamente valioso, fue el único baluarte del hombre durante muchísimos siglos, como un resguardo de la intemperie. Durará este tipo de sociedad muchísimos años, mientras sean iguales las circunstancias exteriores que la rodean, y apenas en ellas ocurre algún ligero cambio, la sociedad patriarcal comienza a cambiar. Presupone la existencia de ciertos "bienes externos", como los llamaba ARISTOTELES, y la carestía, en contrapartida, de otros "bienes": presupone la existencia de animales domésticos que se alimentan de plantas y hierbas que el hombre no puede comer, pero concibe también la no existencia

de animales no domesticados que el hombre pueda cazar, o de ciertos frutos silvestres no susceptibles de apropiación. Estos supuestos pueden explicar entonces el rígido sistema patriarcal que domina tanto a hombres como mujeres, y que señala una forma de propiedad que durará durante muchísimos siglos.

La quiebra de este sistema comienza a hacer su aparición cuando un hombre y una mujer pueden encontrar su medio de subsistencia, sin tener que recurrir al ganado del padre. Cuando en el bosque este hombre y su mujer pueden cazar y alimentarse con las presas y recoger los frutos de los árboles, entonces se independizan del férreo dominio del *pater familiae*, y fundan un nuevo grupo social. Este poderse liberar pronto de la autoridad familiar patriarcal es beneficioso para ambos, pues ya las inmensas cantidades de niños de una familia patriarcal no son tan grandes, pudiendo educarse mejor y alimentarse en pequeños grupos.

Hemos indicado que la industria del neolítico, punto inmediatamente anterior al nacimiento de la propiedad, era una industria familiar que corría parejas con la familia patriarcal. Por esa razón, el cúmulo de tradiciones en la artesanía revisten un carácter más colectivo que individual, porque a ellas contribuyen la experiencia y los descubrimientos de todo el grupo. En algunas poblaciones modernas primitivas del AFRICA, todas las mujeres se juntan para hacer y coser sus cacharros, y trabajan unidas, conversando y ayudándose mutuamente en sus labores. La forma de trabajo, pues, es pública, y reciben las reglas que nacen de la experiencia común. Tal es la razón que en las poblaciones neolíticas, todas las vasijas de un grupo tienen una intensa monotonía. Tienen en sí el sello de una fuerte tradición colectiva, más que los rasgos revolucionarios de una fuerte personalidad, aunque, no obstante, en comunidades o células sociales "neolíticas" contemporáneas, se reconocen ciertos derechos de propiedad a algunas familias sobre la invención de algún nuevo modelo, algún rito o técnica.

Todas estas deducciones que se han hecho sobre la propiedad y la familia patriarcal neolítica, inferidas de algunas ideas económicas, no tienen forzosamente que corresponder a la realidad que fue: no podríamos inferir el sistema constitucional inglés ni el protestantismo, de las teorías económicas del siglo XIX. Tampoco es posible sostener que las observaciones que se hayan llevado a

cabo en algunos sitios antiguos, sean necesarias para toda la humanidad. Tampoco la observación de las tribus salvajes actuales, en cuanto a sus sistemas rudimentarios de propiedad comunal, nos pueden dar una idea que sea cierta con grupos humanos que estaban en un nivel semejante hace 6000 años. Todas estas teorías, sistemas e instituciones, por supuesto, tienden a quedarse atrás con la realidad, pues, no ha existido por regla general, una "civilización neolítica" con caracteres concretos y específicos, de principios generales, sino una época habitada por diferentes grupos, más dispersos que unidos, con ciertas características generales muy diluidas y cambiantes de grupo a grupo.

Organización política

El intenso trabajo de preparar los bosques para la siembra, canalizar los pantanos y los ríos y la defensa del poblado contra inundaciones y bestias salvajes, tiene que haber sido necesariamente una tarea más colectiva que individual. Si a esto añadimos que por la comprobación de las poblaciones neolíticas, tanto en el oeste de Europa como en el Egipto, las casas se reunían formando grupos que tienen un cierto orden y no desperdigadas siguiendo la voluntad irrestricta del dueño, debemos suponer que existía una autoridad superior que organizaba, controlaba y unificaba todas esas fuerzas antes dispersas. Por supuesto, cuál haya sido la forma exacta de funcionar esta primigenia organización social no se sabrá nunca con exactitud, pero sí estamos en aptitud de formular algunas suposiciones generales.

Indudablemente todas estas actividades que exigían el concurso unificado de un grupo, encontrarían reflejo en las instituciones sociales y políticas de esa época. También se puede afirmar con cierta seguridad, que esas instituciones incipientes se consolidarían a través de un complicado ritual mágico-religioso, aceptado por todos los componentes del grupo, lo que para usar un término marxista sería conocido como una mística. Todas esas nuevas fuerzas naturales que el hombre ya había controlado por su esfuerzo en conjunto, coordinado y colectivo, influirían notablemente en sus propias creencias y en su religión, y por eso también, deben haber ido modificando y perfeccionando paulatinamente sus instituciones políticas y de organización, aunque la forma en que este

proceso gradual ascendente de perfeccionamiento se iba presentando, por influjo de la magia-religiosa, nos sea desconocido.

Pero todas esas relaciones religiosas, políticas, y los conceptos morales y jurídicos, no pueden ser usados, tal como se aprovecha el investigador de los bienes materiales encontrados, para obtener una representación segura de las relaciones prehistóricas. El poco aprecio en que se tenía a la vida, y la debilidad económica de esos grupos, los obligaba en la etapa de los primitivos cazadores, más bien a disgregarse en pequeñas hordas nómadas, que a unirse en grandes grupos. Por tanto, en esta etapa de la vida humana, estos grupos se mantenían lo más alejados unos de otros, sin mantener casi entre ellos relaciones de comercio. La división del trabajo, tan necesaria para el comienzo de la civilización, casi ni se presentaba, salvo las naturales que existen entre hombre y mujer. No había ni nobles ni esclavos, ni grandes ni pequeños, pues no había tareas específicas que motivaran esa diferenciación. El cacicazgo entre estas tribus primitivas cazadoras no se había desarrollado por completo. Los jefes que pudieran elegirse en cada grupo serían conductores para una empresa difícil, para una guerra, para mover una gran piedra, pero, una vez llevada a cabo la tarea, volvían a caer en la condición que mantenían antes. Más adelante, y podemos sacar la conclusión de la observación de algunas tribus primitivas australianas, los ancianos, por su experiencia, sí mantenían una posición especial de respeto.

Ya entre los cazadores superiores el terreno dedicado a la caza sigue siendo propiedad del grupo, pero ahora este grupo sí es mucho mayor. La insignificante horda anterior, antes tan independiente, es ahora ya una comunidad de vecinos que se reunían en su aldea invernal, que a su vez era parte de una asociación mayor de aldeas. En esta asociación de aldeas, especie de unión defensiva, aparecen los jefes especializados para la paz y la guerra, una nobleza compuesta de hombres ricos, una clase media dedicada a los trabajos manuales, y el grupo sempiterno de los que no tienen ninguna propiedad. La diferencia en la riqueza es la que determina, entonces, la posición social. El jefe de la paz y sus nobles estarían formados por el grupo económicamente más poderoso, no por el más fuerte o más valiente. En cambio, el jefe de la guerra sí sería el caudillo experimentado y valiente en las lides militares, que por su sabiduría se pondría al frente del grupo.

Ya al entrar en la forma de vida puramente agraria, sedentaria, se desembocó en una nueva organización de la comunidad, al nacer el concepto de pueblo. Ese antiguo estado tribal que se supone para los antiguos indo-germanos, todavía conserva sus rasgos generales en el PRINCIPADO DE MONTENEGRO: una forma de monarquía patriarcal popular.

Esto lo corroboramos por los hallazgos arqueológicos que se encontraron en CHINA, poco antes del estallido de la segunda guerra mundial. Esos setenta sitios localizados, estaban formados por terrenos que tienen más de setecientos cincuenta mil pies cuadrados y se encontraban rodeados de altas murallas defensivas de tierra apisonada. Las habitaciones, cuya parte mayor era subterránea, eran circulares y se encontraban girando, sobre un piso de tierra dura apisonada, alrededor del hogar. Los habitantes de estos conglomerados amurallados eran primordialmente agricultores y se dedicaban también a la cría de animales como el cerdo, el caballo y las ovejas, aunque también esporádicamente cazaban y pescaban. Debe de haber existido necesariamente alguna forma de gobierno, porque el orden y la armonía debían de haberse mantenido dentro del grupo por alguna ley, pero positivamente no se sabe nada seguro. Los escribas que compusieron en delicados versos la historia tradicional de CHINA, en el primer milenio antes de nuestra era, denominaban esa época como la de los HSIA, primer dinastía gobernante de la China. Pero durante esa época anterior a la primera dinastía, los antiguos historiadores chinos la denominaron, en un lapso de quinientos años, como el período en que muchos príncipes independientes gobernaban ciudades-estados independientes, que se localizaron en un punto llamado SHANI, cerca de la última gran vuelta del RIO AMARILLO.

Las hordas de cazadores, como se indicó atrás, se constituían para cazar los animales grandes y a los que vivían en rebaños, eran simples uniones de hombres para conseguir con mayor facilidad un fin inmediato, y se mantenían unidas únicamente por el interés en aprovechar, para beneficio de todos, las habilidades de cada uno. El sistema era cruel para los débiles y los ancianos, pues el jefe generalmente era el más fuerte, el fuerte que menos escrúpulos tenía en dominar momentáneamente al grupo.

La guerra

Si investigamos los hechos del hombre desde sus albores, hay uno que resalta con pasmosa diafanidad. Siempre el ser humano ha aplicado todo su intelecto y su habilidad en crear armas cada vez de mayor alcance, hasta que en los tiempos actuales ha encontrado unas que con su lanzamiento pone en peligro a la tierra entera.

Pero, en la época prehistórica, el descubrimiento del garrote debe de haberle dado una gran sensación de superioridad; con el uso de ese instrumento sencillo y maravilloso, debe de haberse sentido lleno de orgullo. Aumentaba extraordinariamente la longitud de su brazo, y con esa acción se convertía ya en señor el común primate. Más adelante descubre que el lanzamiento a distancia y con fuerza de un hueso puntiagudo puede atravesar y matar fácilmente un animal. Como consecuencia, podemos suponer que en la prehistoria, las primeras guerras no fueran luchas organizadas entre grupos humanos, sino sencillas peleas entre hombres que se disputaban un animal muerto o las frutas de algún árbol especial. Ya con el desarrollo de la civilización las guerras fueron haciéndose más y más grandes, amenazaban a muchas gentes, hasta que lograron interesar, en épocas muy recientes, a la humanidad entera.

Tráfico mercantil

Se puede sostener con MYRES que "todos los grandes ríos habitados en sus orillas por el hombre, sirven de guía a una corriente comercial aguas arriba y aguas abajo". La actividad comercial, ya en temprana época como en el paleolítico, ha iniciado su función de propagadora de cultura. Adquirió su verdadero auge en el neolítico, con la conversión de casi toda la humanidad en grupos sedentarios, y al subdividirse la cultura en círculos más definidos. Ya desde aquí se empiezan a ver los primeros vestigios de lo que luego conoceríamos por moda. Muchos encuentros de objetos parecen fuera de lugar en los sitios en que se hallan, y demuestran más que un proceso étnico de cambio de pueblos, uno eminentemente cultural de contacto o relación comercial. Los objetos susceptibles de comercio en esta época eran muy limitados, pues generalmente en todas partes se encontraban las materias primas necesarias para la elaboración de armas y cuchillos. Lo que sí fue objeto de activo

comercio fueron las piedras semi-preciosas de bellas coloraciones como la nefrita, la jadeíta, la cloromelanita, etc. Los llamados tesoros, o grupos grandes de enterramientos de cuchillos y bellas piedras del neolítico, más que ofrendas religiosas o de culto, son los escondrijos que tendría el mercader neolítico en la ruta seguida en su comercio ambulante. El maravilloso pedernal amarillo color de miel del norte de Francia y de Bélgica, fue de activo comercio. Las explotaciones mineras de sílex, inclusive en amplias galerías excavadas en Inglaterra, Portugal, Sicilia y Noruega, parecen indicar que no eran para satisfacer las necesidades locales sino para llenar una demanda más amplia. La concha del SPONDYLUS, originaria del Mediterráneo, se ha encontrado muy adentro de Francia, donde en la época de la cerámica de cintas y sus ramificaciones, se usó como adorno. Se transportaba en estado natural, en el lugar en que se usaría se grababa y se han encontrado juntas piedras grabadas y sin grabar. Uno de los productos más deseados como adorno, el ámbar, se importaba de lugares tan lejanos como la región Norte del Mar Báltico y las costas del Mar del Norte, de donde ha desaparecido en la actualidad debido a los maremotos que hicieron pedazos esas costas.

Para transportar en las aguas las gentes se valían de canoas a veces deliciosamente decoradas. Ayudados por la filología comparada se puede deducir que existía el carro para ayudar al transporte, pero hallazgos originales no han sido todavía localizados. Ruedas si han sido descubiertas, pero se desconoce su aplicación al supuesto vehículo; por análisis de polen se ha demostrado que ya en el neolítico existían los medios de transporte básicos de la región extrema septentrional: el esquí y el trineo. En el inmenso pantano de FEDERSEE, cerca de WURTEMBERG, se encuentra un gran camino de inmensos troncos acostados en el suelo: la carretera más antigua que conoce la humanidad.

Otro ejemplo típico de comercio prehistórico en otra región serían las caravanas de nómadas en la Arabia. Guerrillas esporádicas proporcionaban cautivos y botín, que se cambiarían en lugares más estables por productos alimenticios, leche y queso, y por pieles, armas y medicinas. Originalmente este tráfico debe de haber sido muy esporádico, una piedra adquirida en un lado, debió de convertirse en algo misterioso y bello en otro lugar. Con el transcurso del tiempo todas estas actividades comerciales se van haciendo más

habituales y en los lugares de reposo de las rutas, comienzan a aparecer lugares de estadia. Las mujeres, los niños y el ganado ya no van con los hombres en los viajes a través del desierto, porque descubrieron que en la rapidez de movilidad residía la seguridad y la economía. DAMASCO y BOKHARA se convierten en ciudades, en puertos del desierto, que son dominadas tarde o temprano por uno u otro grupo. Ya se ha encontrado una ruta de esta especie también entre el MAR ROJO y el NILO prehistóricos.

—oOo—

“La economía es en estos grupos humanos enteramente autosuficiente”. “La simple comunidad productora de alimentos no depende, para ninguna de sus necesidades vitales, del trueque o del intercambio con otro grupo. Produce y recoge todo el alimento que necesita. Tiene a su disposición, en su inmediata vecindad, las materias primas que requiere para su simple equipo. Sus miembros integrantes o familias fabrican las herramientas, utensilios y armas que necesita”.

Sin embargo, esta “autosuficiencia económica”, no es determinante de aislamiento. Las pequeñas variaciones que se encuentran en estas comunidades para la obtención de los alimentos, el practicar diversas actividades dirigidas a ese fin, por diferentes grupos sociales, hace obligatorio que muchas comunidades entren en contactos culturales. Al cambiar con las estaciones los lugares de apacentar los ganados, hace que varios pueblos entren en contacto con otros. Cuando se inauguran cacerías en los desiertos, grupos de un oasis pueden unirse, con ese fin, con elementos de otro oasis. Así el aislamiento de cada comunidad tiende cada vez a irse rompiendo más y más, y lejos de constituirse el neolítico en una serie de grupos desperdigados sin unión, es preferible considerarlo como “una cadena continua de comunidades”, pues cada una de ellas “estaba enlazada a todos sus vecinos por contactos recurrentes, así fueran poco frecuentes e irregulares”.

Esta descripción de la economía productora de alimentos se hace en abstracto, y se lleva a cabo por una selección de supuestos, basados primordialmente en la observación de los monumentos arqueológicos y en la contemplación de las “tribus salvajes” contemporáneas. La forma de esta economía tal vez no se llevara a

cabo en esta forma tan concreta, ya que la arqueología lo único que nos puede mostrar es indicios de esa economía, como un progreso hacia la civilización moderna. La arqueología, pues, muestra apenas notas separadas de lo que podría haber sido una completa sinfonía orgánica. Se supone que en muchas regiones se fueron desarrollando paulatinamente situaciones semejantes. Sin embargo, para probar tal simultaneidad parece que se ha llegado a un imposible, pues en sitios tan cercanos unos de otros como el FAYM en el EGIPTO MEDIO, TASA y el DELTA, no ha sido posible colegirlo. "Sin embargo, el posible aislamiento nunca se efectuó realmente —en rigor, la completa autosuficiencia económica tal vez no se ha logrado en ninguna parte", pues el arqueólogo, como antes hemos visto, encuentra ejemplos de intercambio de objetos, en épocas antiquísimas y separadas por enormes distancias. Lo decisivo es que tales contactos no fueron fundamentales en sus orígenes para el desenvolvimiento de la humanidad, pues los objetos que se intercambiaban no eran necesarios, indispensables, para el hombre, sino meros artículos de lujo y decoración. Pero con el transcurso del tiempo tales intercambios fueron esenciales para el avance del hombre en la civilización, "fueron conductos por los cuales las ideas de una sociedad pudieron llegar a otras, por los cuales se pudieron comprar materiales extranjeros, por los cuales se pudo difundir, de hecho, la cultura". Realmente, eso que podríamos llamar civilización neolítica, se debe en parte "a la existencia previa entre las comunidades todavía esparcidas de cazadores, de un enlace comercial rudimentario".

—oOo—

Todo miembro de las especies animales hereda la tradición cultural en forma de instintos. La cualidad de reaccionar en determinada forma ante un estímulo, es connatural en él porque justamente ha sido escogido para que la especie no se extinga. Otros animales de esa misma especie que reaccionaron de diferente manera, atribuible a otros instintos, no tuvieron la fortuna de sobrevivir y así se van extinguiendo debido a esa cruel selección natural. La creación de esos instintos hereditarios es muy lenta, se va viendo paulatinamente debido a un proceso de adaptación y desarrollo de las facultades o miembros físicos que son más aptos para la circunstancia que rodea a ese elemento. Así el niño va aprendiendo despa-

ciosamente todas las reglas y usos que sus antecesores y mayores han creído convenientes para la convivencia en grupo.

Por lo menos en teoría, todo ese conjunto de reglas fijadas por los antecesores y mayores no es inmutable; si así lo fuera, la humanidad no hubiera avanzado un ápice desde que el antropeide se convirtió en hombre. La experiencia sobre todo es la que sugiere al hombre la oportunidad de cambiar sus hábitos; si ese cambio resultara beneficioso, entonces el creador lo haría saber a la comunidad, o ésta lo imitaría, y si fuera aceptable, entonces se incorporaría a la tradición colectiva. El proceso en la realidad no es tan simple como se ha indicado. El hombre siempre se ha atado a sus costumbres con gran fuerza, y siempre ha demostrado que es renuente al cambio de ellas, así lo han sentido en propia carne los innovadores de todas las épocas. La carga aplastante de las tradiciones ha sido siempre una actitud de conformismo y pesadez ante las situaciones de actitud enérgica del verdadero pensamiento, y ha frenado bastante el avance cultural y el proceso de la humanidad, notándose más en el pasado que en la actualidad. Pero a pesar de todo, para la humanidad el progreso ha consistido fundamentalmente en un reajuste del pasado y de esa inmensa tradición heredada, que se ha transmitido por el ejemplo y la norma legal escrita o consuetudinaria.

Además de la costumbre indiferenciada, que antes comentamos, otras de las formas más importantes de las sociedades primitivas para mantener fija la tradición cultural, se presenta en el TABÚ. Este manda sobre el hombre en gran cantidad de obligaciones y deberes, pero su característica esencial es que no son normas de carácter positivo, sino específicamente negativas. Dentro de este sistema tienen cabida todas las inhibiciones y prohibiciones humanas: "hay que evitar ciertas cosas, hay que abstenerse de ciertas acciones". Lo esencial del sistema tabú es el miedo, el temor, y "éste sabe únicamente cómo prohibir pero no cómo dirigir". Cuando más avanzaba en su desarrollo el sistema de tabúes, más peligro corría la humanidad de paralizarse en su progreso cultural. El hombre no puede caminar, no puede comer o hablar, pues hasta las palabras, dichas en una u otra manera, pueden contener elementos peligrosos para la seguridad personal. En la POLINESIA el nombre de los jefes es tabú, y no se pueden decir las palabras que contengan siquiera alusiones de ese nombre; pero a pesar de lo

graves defectos que encierra todo el sistema, fue el único medio por el cual el hombre ponía freno a las obligaciones sociales que había implantado; era el nudo gordiano de la organización social; todo el medio ambiente en sus relaciones con el hombre, toda su circunstancia, estaba determinada por la aplicación de tabúes especiales. Todas las relaciones, comenzando por las más simples de la familia, hasta llegar a las más complejas de siervo y amo, gobernado y gobernante, se hallaban dentro del sistema de tabúes; se ha sostenido que hasta el origen de la propiedad pueda ser tenido en el concepto de un tabú especial, porque la forma de ocupar un territorio o posesionarse de una mujer, era el señalarlos como un tabú.

Este engorroso y peligroso sistema del tabú amenazó la vida del hombre, hasta convertirla en un sistema de presión espantoso e insoportable, porque la existencia humana, desde cualquier punto de vista, se hallaba previamente regulada y ahogada por el sistema. Dichosamente en este punto iniciaron su progreso las religiones. "Todas las religiones éticas superiores, la de los profetas de Israel, el zoroastrismo, el cristianismo, se impusieron una tarea común. Aliviaron la carga insufrible del sistema tabú; pero, por otra parte, injertaron un sentido más profundo de obligación religiosa que, en lugar de ser una restricción o compulsión, era la expresión de un nuevo ideal positivo de libertad humana".

En este recodo de la vida humana, que significa el cambio o el paso de la prehistoria a la historia, que es la época neolítica, el hombre tuvo otra experiencia que ha durado siglos, y fue la idea de dominar a sus semejantes. Mucha parte de la riqueza, como ganado, joyas, armas, herramientas y mujeres se acumulaba en algunas tribus o clanes especialmente ricos. Toda esa riqueza debía ser cuidada, y para cuidarla tenían que ser otros extraños al propietario para que éste tuviera tiempo de gozarla. Para cuidarla había que hacer fortificaciones y para incrementarla el dueño debía salir de sus dominios en excursiones bélicas o comerciales, comenzó entonces una época de guerras e invasiones, que dio como lugar el nacimiento de las clases sociales: los ricos se convirtieron en aristócratas y los pobres en siervos o esclavos, los caudillos comerciales o militares se convirtieron en reyes y, para afianzarse los aristócratas y los reyes, tenían que tener otros hombres que los cuidaran y trabajaran por ellos. Los primeros esclavos fueron

miembros de otras tribus vencidas: construían fortalezas, labraban campos y cuidaban el ganado. Se adquirió una clase de animales altamente domesticados que rendían bien su trabajo. Ya los otros no necesitaban trabajar para subsistir, y nació el ocio y el lujo, el deseo de practicarlos y el ansia incontenible de poseerlo.

“La dominación del hombre por el hombre fue uno de los procesos más importantes en la historia de la civilización. Creó las bases para la fundación de imperios poderosos así como de una civilización refinada. Y señaló el camino con que había de seguir el hombre para llegar a ser tirano, dueño y señor de la tierra. Con ella, y con la dominación del hombre, empezó la época moderna”.

El paso de la prehistoria a la historia

Toda la vida primitiva es la máxima concentración de la idea de equilibrio perfecto entre hombre y medio ambiente, que viene a quedar sujeta por la trascendencia del mito. La repetición sin fin de un acto, viene a fijar ontológicamente el valor de dogma a ese orden establecido por la costumbre. De tal suerte que el cambio viene a ser una cuestión casi imposible, porque los ritmos del mito tendrían sentido inmutable. Puede afirmarse, entonces con GUSDORF, que “el hombre precategorial es también el hombre prehistórico”.

Con bastante certeza puede definirse a la prehistoria como la edad por excelencia del mito. Toda la cultura que se da en la prehistoria es, como atrás se ha visto, una cultura anterior a la escritura, por lo cual para su conocimiento no se pueden aplicar métodos filológicos, sino que hay que echar mano de recursos indirectos de conocimiento, como sería la geología, la paleontología y la antropología. Estos métodos de exterioridad conservan huellas o trazos del hombre de su tiempo, pero no han sido concebidos por aquél, pues este hombre, al carecer de escritura, no pudo ser testigo de sí mismo. El hombre prehistórico no tuvo conciencia del tiempo que renueva de época en época, no sólo el mundo humano, sino hasta la propia vida humana. “En el universo de la repetición mítica, donde todo es semejante, no podría haber ‘anales’ de los pueblos”. Es esa situación ópticamente distinta en el hombre moderno que vive apasionado de la novedad, vive en realidad inmerso en un mercado de valores novedosos y de momentos trascenden-

talmente históricos, apegándose conscientemente a personajes históricos, entendiéndolos y recogiendo sus palabras, y es más, imitándolos. De tal modo, y concluyendo con los conceptos anteriores, para el hombre moderno la historia viene a constituir "cierta actitud espiritual" que escapaba al primitivo.

La prehistoria sería no tanto una época en la cual por la carencia de pruebas escritas no se podría escribir la historia, sino, y más principalmente, en que es una época en la cual la materia de la historia desaparece y se oculta, porque es necesario al hombre, para poderla vivir, una cierta conciencia histórica, que presupone también una cierta conciencia del hombre y de su devenir, para que pueda apreciar en conjunto los hechos de los hombres mismos y de las cosas, de todo lo cual carecía el hombre primitivo o prehistórico. Si los hombres de la prehistoria no dejaron anales o crónicas de sus hechos por la tierra, no es tanto entonces porque no supieran escribir, como porque no tenían necesidad de ello, ya que no había objeto en fijar para la posteridad una realidad que no cambiaba, una realidad que siempre se mostraba igual a sí misma.

Podría afirmarse, casi sin miedo a errar, que la mentalidad histórica es una concepción típica del Occidente, por lo cual la mayor parte de la humanidad, en ese sentido occidental, está fuera de la historia. También se podría afirmar que no hay historia en el Africa de los negros, así como aplicando estrictamente esta afirmación, en el Asia y en Oceanía tampoco ha existido la historia, aunque haya existido la escritura antes que en el Occidente. "El desarrollo de las citadas civilizaciones es conocido sólo por tradiciones y leyendas, por otro lado embrolladas de manera tan sistemática y sutil que los especialistas no consiguen orientarse. Los hitos más seguros que poseen los sabios occidentales en este terreno, y aún casi hasta nuestros días, se reducen a los contactos de viajeros europeos en esas comarcas lejanas, jalones demasiado raros para permitir reconstruir un historia cierta y continuada".

Es cierto que la prehistoria abarca mucho más tiempo que la historia, entendida aquélla no ya en un sentido epistemológico, sino francamente humano, por lo cual se hace necesario hacerla mucho más amplia. Para comprender cómo aquel mundo prehistórico, esencialmente mítico, ha dado paso a la historia, hay que reflexionar sobre el tiempo histórico. La existencia del hombre se debe

ver condicionada por el tiempo en función de cuarta dimensión, completando a las otras dimensiones humanas. "Puede incluso, decirse que sólo él hace posible a las demás y les otorga pleno efecto. Además el tiempo adquiere su sentido más rico sólo en el dominio de la experiencia humana".

Por ejemplo, los minerales no tienen tiempo, se les puede atribuir una edad, es cierto, pero esa edad no significa nada para ellos, sólo para los seres humanos. Sufre el mineral el paso del tiempo, transformaciones químicas y físicas, pero no como sujeto, sino simplemente como un objeto. Ascendiendo en el reino de la naturaleza, vemos que los vegetales sí tienen acceso al tiempo, pues poseen cierto ritmo de vida, desde la semilla que germina, por el árbol que fructifica hasta que muere, pero el vegetal está fijado a su medio. La planta forma parte del paisaje, no puede desprenderse de él, y aunque adquiriera ciertos caracteres como un medio de supervivencia en él mismo, no puede desprenderse de éste. A lo más, como un medio de adaptación, puede transformar ciertas partes de su estructura, muchas de ellas heredables, pero sin conciencia del tiempo.

El animal sí posee ya los dos aspectos "complementarios del tiempo como estructura de comportamiento: iniciativa con respecto al mundo e inscripción de la experiencia adquirida". Comparando el arraigo que el animal y el vegetal tienen con el medio, se nota que tiene aquél mucho más soltura de escogencia, es capaz de la libertad en los movimientos, y todas sus actividades (demanda de alimentos, conducta sexual, acoplamiento, educación de las crías), suponen un género de vida que puede sistematizarse en hábitos, los cuales, en su función de memoria, crean factores hereditarios para usar mejor el ambiente. Pero toda la experiencia animal en relación con el tiempo se encuentra circunscrita dentro de una incipiente posibilidad de elección. Toda la actuación del animal se define por estructuras reflejas, que responden obedientes a los ritmos biológicos. El animal no actúa con previsión o cálculo, como cuando acumula alimentos para el invierno, sino por la obediencia a un instinto. Existe sin duda en la vida del animal la cuarta dimensión del tiempo, pero en forma "coagulada", pues no permite que el animal recomponga las otras dimensiones, y las adapte o transforme a sus propias necesidades, en forma totalmente voluntariosa e independiente.

"Por consiguiente, es sólo en la experiencia humana donde el tiempo se afianza con toda independencia, confiriendo al ser que dispone de él un derecho de reconquista del universo". Es en el hombre el tiempo, la puerta por la cual podrá ordenar las cosas autónomamente. A partir de este momento, el hombre deja de ser una parte obediente de lo real, para trasmutarse de lo dominante del devenir, pues puede organizarlo y darle un sentido especial y propio. Para que esto pueda desenvolverse, es necesario también que las realidades exteriores al hombre dejen de presentársele como un objeto concreto, masivo y sólido en sí mismo, y adquieran, a través del hombre únicamente, una categoría de objeto de representación, que pueden designarse con una palabra que las sitúe en determinado plano de la epistemología.

Cuando aparece el tiempo propiamente humano, hace posible que se haga absolutamente mental la experiencia. De aquí en adelante es posible hacerse inmerso en lo circunvalante, dentro de una categoría del pensamiento. El tiempo, en su concepto de cuarta dimensión, viene a liberar al hombre de las otras tres dimensiones, "no obstante que simultáneamente ella multiplica la presencia en el mundo. Ella le da una ubicación potencial de la cual no está dotado el animal".

El tiempo interviene en el sentido de neutralizar en el hombre una serie de influencias inmediatas, que pueden trasmutarse en presencias anímicas. El pasado para el animal no es más que un cúmulo de adiestramiento o cambios hereditarios en la adaptación al paisaje circundante, confundible en muchos aspectos con los simples reflejos condicionados, pero en el hombre, además que el pasado interviene como ese conjunto de reglas en la forma de operar, es el recuerdo hecho viva imagen individual, que permanece por fuera del suceder que le ha creado, convirtiéndose en imágenes autónomas. "El tiempo del hombre es la posibilidad de recordar su pasado y premeditar su porvenir, de novelar su actualidad. Es una de las cifras más significativas del ser en el mundo".

Siendo el hombre primitivo prehistórico un hombre del mito, posee, es innegable, un tiempo humano pero no ha adquirido todavía un tiempo histórico. Toda la existencia del hombre se presenta como una serie de capas superpuestas y rígidas. A la idea del hombre como un ser biológico individual, aparece la del hombre

como ser social, o mejor aún como ser "cultural", viviendo en un medio dispuesto por la naturaleza, para que subsista una comunidad. La cultura en la época prehistórica se convierte en una segunda naturaleza del hombre, de la cual no le es posible liberarse, lo que deviene en un anquilosamiento o fijación del pensamiento en este hombre mítico.

El hombre prehistórico se encuentra fijado indisolublemente con su comunidad. La situación en el tiempo y en el espacio, de cada uno de ellos, supone un engarce total. El individuo no es ni se considera el centro del universo, se halla incrustado de manera definitiva en lo real, que viene a significar lo único verdadero del mundo. "Moral, derecho y ciencias, política y física, están contenidos en lo absoluto socio-mórfico, en cuyo seno encuentran cada uno su verdad y el sentido de la vida".

De tal modo que el pensamiento del hombre pre-categorial es un pensamiento irreflexivo, que no vuelve hacia atrás para examinar los usos a través de principios nuevos: es la forma mayor de expresarse ideas subjetivas cristalizadas en ejemplos objetivos míticos. Totalmente al contrario de esta situación característica clave de la conciencia mítica, la conciencia del tiempo histórico, vendrá a afirmar la propia personalidad subjetiva en contraposición a la universalidad objetiva. "La ontología mítica engloba en un mismo conocimiento absoluto el reino de la naturaleza y el de la cultura". Cuando el hombre toma conciencia propia de las categorías históricas, sea el pasado, el presente y el futuro, entonces de ese modo toma también conciencia, como reflejo, de la vida como un drama que se perfila en contra de la incertidumbre del porvenir, dejando el anclaje del pasado hacia un lado, con lo cual la comunidad primitiva va perdiendo el tradicional y pesado equilibrio.

Se efectúa un tránsito revolucionario de lo estable y fijo al movimiento consciente. El hombre llega a poseer de tal modo un ser histórico inmerso en su propio ser cultural, siendo aquél el elemento decisivo porque marca indeleblemente todas las facetas de la personalidad. La historicidad individual se encuadra en el modo cultural, con sentido de civilización, que también se encuentra en movimiento. El hombre concreto no sólo se transparenta entre la biología y la sociología es decir, entre sí mismo y la sociedad, como lo sostuvieron en su época COMTE y DURKHEIM, sino

que aparece como hombre concreto en la historia, "por su participación en el desarrollo de la realidad cultural, pero también por la historicidad de su devenir personal".

Para terminar con este primer capítulo, se hace necesario copiar un párrafo de GUSDORF, que aunque extenso, resume lo dicho hasta aquí:

"Se puede hacer notar aquí que la humanidad prehistórica no tiene edad. Intentamos fechar sus fases sucesivas gracias a hitos geológicos, o bien en virtud de criterios técnicos: edad de la piedra tallada, o pulida; edad del bronce; edad del hierro. Fórmulas imperfectas de una gran imprecisión cronológica. Es que esas eras primitivas no nos ofrecen sucesos históricos que permitan fijar las fechas por su influencia decisiva en su evolución. Pero esta ausencia de sucesos no debe atribuirse a la imperfección de nuestros medios de conocimiento. Es constitutiva de la realidad humana considerada. Del mismo modo, no existen personajes históricos, es decir, hombres que impriman su sello a la historia. La época prehistórica es el reino de la impersonalidad. Los individuos no emergen de la masa. El yo es prisionero del se que lo envuelve. La edad histórica es aquella en que los hombres dan sentido al devenir. En la edad prehistórica el devenir cuenta más que los hombres y aún las invenciones técnicas, presentadas por otra parte como dones divinos, parecen más bien producto del azar o de un devenir material que el fruto de una iniciativa personal. La historia nace con el tránsito del reino del se al reino del yo, con la entrada en escena del hombre, no ya como especie, sino como individuo.

"La humanidad ha entrado en la historia cuando el hombre ha tomado conciencia de su propio destino bajo la cifra de la historicidad del devenir.

"El paso de la edad prehistórica a la edad histórica parece resumirse, desde el punto de vista espiritual, en dos adquisiciones principales. El hombre histórico, el hombre 'categorial' posee a la vez el sentido de la universalidad y el sentido de la individualidad —que eran ajenos al hombre primitivo".

Ahrens, Enrique
"HISTORIA DEL DERECHO"
Editorial Impulso,
Buenos Aires, 1945.

Behn, Friedrich
"CULTURA DE LA PREHISTORIA"
Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana,
México, 1961.

Bloch, Marc
"INTRODUCCION A LA HISTORIA"
Breviarios del Fondo de Cultura Económica
México.

Carrington Goodrich, L.
"HISTORIA DEL PUEBLO CHINO"
Breviarios del Fondo de Cultura Económica
México, 1954.

Cassirer, Ernst
"ANTROPOLOGIA FILOSOFICA"
Colección Popular
Fondo de Cultura Económica
México 1963.

Chardin, Teilhard de
"LA APARICION DEL HOMBRE"
Taurus Ediciones, S. A.
4ª edición
Madrid, 1964.

Durant, Will
"NUESTRA HERENCIA ORIENTAL"
Editorial Sudamericana
Buenos Aires, 1952.

Gordon Childe, V.

"LOS ORIGENES DE LA CIVILIZACION"

Breviarios del Fondo de Cultura Económica
México, 1959.

Gusdorf, Georges

"MITO Y METAFISICA"

Editorial Nova
Buenos Aires, 1960.

Herskovits, Melville J.

"EL HOMBRE Y SUS OBRAS"

Fondo de Cultura Económica
México 1952.

Houghton Brodrick, A.

"EL HOMBRE PREHISTORICO"

Breviarios del Fondo de Cultura Económica
México, 1955.

Myres, John L.

"EL AMANECER DE LA HISTORIA"

Breviarios del Fondo de Cultura Económica
México, 1956.

Toynbee, Arnold J.

"ESTUDIO DE LA HISTORIA"

Tomo III
Emecé
Buenos Aires, 1956.

Toynbee, Arnold J.

"STUDY OF HISTORY"

(Abridgment Sommervell)
Tomo I
Oxford University Press
Londres, 1956.

Wendt, Herbert

"TRAS LAS HUELLAS DE ADAN"

Editorial Noguer, S. A.
Barcelona, España, 1958.